

DÍAS DE POLVO, LODO Y CEMENTO
MEMORIAS E HISTORIAS DEL BARRIO JOSÉ MANUEL MARROQUÍN II
EN SANTIAGO DE CALI

Autora

Astrid Carolina Sinisterra



Universidad
del Cauca

Maestría en Estudios Interculturales

Facultad de Humanidades

Universidad del Cauca

Popayán

2021

DÍAS DE POLVO, LODO Y CEMENTO
MEMORIAS E HISTORIAS DEL BARRIO JOSÉ MANUEL MARROQUÍN II EN
SANTIAGO DE CALI

Autora

Astrid Carolina Sinisterra

Director

José Benito Garzón Montenegro



Universidad
del Cauca

Maestría en Estudios Interculturales

Facultad de Humanidades

Universidad del Cauca

Popayán

2021

PÁGINA DE ACEPTACIÓN

DEDICATORIA

*A doña Aura y a don Eugenio,
por darme de su infinito amor; donde quiera que estén, ¡siempre gracias!
A María Fénix, amiga y compañera de lucha.
A mis hijos Miguel y Mariana, quienes impulsan la fuerza de mi espíritu.*

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas a las que debo agradecer por culminar este proyecto, a mi madre, hermanos y a Ochoita, su respeto y admiración me alentaron para continuar en momentos difíciles.

A mi tutor José Benito Garzón, por acompañarme en este proceso y compartir sus conocimientos. Al compañero Halder Moreno por sus observaciones, críticas y aportes en la construcción. A mis compañeros de la maestría en especial a los de aventura, Rubiela González, Nilson Aya y Jessica León por la juntanza e ir de la mano es este caminar. A mis maestros de la Universidad del Cauca, en especial a las profesoras Betty Ruth Lozano, Elizabeth Castillo, Marcela Piamonte y Cristina Simmonds porque son un referente y mujeres de mi admiración.

A Amparo Giraldo, las Hermanas Franciscanas Misioneras de María FMM y a toda la familia del Fondo Solidario de Oriente por patrocinar este sueño. Por último y no menos importante a todos los protagonistas que con sus relatos, lucha y esfuerzo inspiraron esta investigación.

A todos muchas gracias.

CONTENIDO

DÍAS DE POLVO, LODO Y CONCRETO MEMORIAS E HISTORIAS DEL BARRIO JOSÉ MANUEL MARROQUÍN II	8
INTRODUCCIÓN	8
1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	10
1.1. ANTECEDENTES SOBRE EL TEMA.....	10
1.1.1. EL BARRIO COMO NÚCLEO URBANO	11
1.1.2. LAS PRÁCTICAS INTERCULTURALES: EL OTRO COMO INTERLOCUTOR	14
1.1.3. LOS PROCESOS ORGANIZATIVOS: EXPERIENCIAS DESARROLLADAS, INICIATIVAS A SEGUIR	18
1.2. DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA	19
1.2.1. FORMULACIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.....	24
1.3. OBJETIVOS.....	25
1.3.1. OBJETIVO GENERAL	25
1.3.2. OBJETIVOS ESPECÍFICOS	25
1.4. DISEÑO METODOLÓGICO:.....	25
2. REFERENTES TEÓRICO-CONCEPTUALES	28
2.1. LA CULTURA: INICIO DE LAS REFLEXIONES	28
2.2. EL MULTICULTURALISMO	30
2.3. LA INTERCULTURALIDAD: PIEDRA ANGULAR DE LOS ESTUDIOS INTERCULTURALES	33
2.4. MULTICULTURALISMO, INTERCULTURALIDAD Y ESTUDIOS INTERCULTURALES: UNA DISCUSIÓN NECESARIA.....	34
2.5. LOS ESTUDIOS INTERCULTURALES EN CLAVE DE LA IDENTIDAD Y EL ESPACIO	36
3. TEJIENDO Y CONSTRUYENDO: LA AUTOCONSTRUCCIÓN DEL BARRIO EN PERSPECTIVA DE LOS ESTUDIOS INTERCULTURALES	40
3.1. RELACIONES INTERCULTURALES. Tensiones, el tire y afloje.....	41
3.2. PROCESOS ORGANIZATIVOS	57
3.3. LA MEMORIA Y LOS RECUERDOS	72
3.4. EL PRESENTE	78
CONCLUSIONES	84
BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS	88

TABLA DE FIGURAS

Figura 1 Vista aérea del Distrito de Aguablanca.....	21
Figura 2: Vista aérea del Distrito de Aguablanca	21
Figura 3: Vista aérea Cali 1990.....	22
Figura 4 Área de Aguablanca y la Laguna del Pondaje en 1985	23
Figura 5 La familia Fernández y vecinos: el licor deleite de los arquitectos de ciudad.....	42
Figura 6: Mis hijas se ven bien... Yo, como sea.....	44
Figura 7: Los vecinos, amigos y hermanos.	45
Figura 8: Doble explotación: por esposa, por mujer	46
Figura 9: Creciendo juntos	47
Figura 10: Mi tierra, mis plantas, mis bichos.	50
Figura 11: Los negros llegaron después	52
Figura 12: El patio de la casa 1986	56
Figura 13: La necesidad no tiene color, ni partido político.....	59
Figura 14 El Estado, presencia en el suelo, construyendo caminos	60
Figura 15 ¡Llegaron los franciscanos!.....	65
Figura 16: Celebración semana santa.....	65
Figura 17: Fray Luis Enrique Patiño y Hna. Alba Stella Barreto.	66
Figura 18: Capilla del centro parroquial domingo de resurrección.....	67
Figura 19: Celebración eucarística: Luis Patiño, haciendo resistencia con su sermón.	67
Figura 20: Celebración eucarística: Danzas por la paz	68
Figura 21: Mujeres almorzando en la Casa de la Mujer	70
Figura 22: Los muchachos, rastros de la memoria	73
Figura 23: Barro-quín, polvo-quín En verano.	75
Figura 24: Polvo-quín barro-quín en invierno.....	76
Figura 25: Elizabeth 15 años, al fondo construcción de pavimento carrera 26 k con calle 73 B. ..	77
Figura 26 Transversales sin pavimentar	78
Figura 27: Combatamos el polvero.	79
Figura 28: El polvero, problema solucionado 2020	79
Figura 29: Nos quedamos sin pavimento	80
Figura 30...pero lo solucionamos, de uno en uno.....	81
Figura 31 No fue sólo nuestra idea, otros también la tuvieron	81

DÍAS DE POLVO, LODO Y CONCRETO MEMORIAS E HISTORIAS DEL BARRIO JOSÉ MANUEL MARROQUÍN II

INTRODUCCIÓN

La consolidación de un barrio se nos expresa desde dos lecturas: la interpretación oficial en la que se establecen los procesos urbanísticos, fomentados por la agencia administrativa-política o bien, aquellos que han sido construidos de la acción consciente de la ciudadanía activa y crítica en pro de satisfacer uno de los derechos fundamentales, como es el de la vivienda, al margen de las condiciones de dignidad, o no, que connote dicho derecho. Empezar el relato de la construcción del Barrio José Manuel Marroquín II, de la ciudad de Cali, puede tomar uno de los dos rumbos mencionados.

En este estudio, optamos por la segunda vía: desarrollar la descripción sobre las relaciones interculturales, -y los procesos organizativos implicados en las mismas-, que se manifestaron durante la consolidación del Barrio José Manuel Marroquín II de Cali, a partir de una serie de referentes aportados por el programa académico: Maestría en Estudios Interculturales, ofrecido por la Universidad del Cauca. Para ello, es fundamental partir de la concepción de dichos estudios como la referencia a puntos de ruptura, tensión y problemática ante instancias como el poder, el Estado y las instituciones socialmente construidas, mientras asumimos dinámicamente conceptos como la clase, la raza y el género en contextos específicos.

Teniendo en cuenta dichos aspectos, se asumieron algunas categorías para estructurar el documento; estas son, entre otras: la cultura como referente activo, las relaciones interculturales como las miradas críticas ante entidades e imaginarios socialmente construidos y problemáticos en el contexto de estudio, los procesos organizativos de la comunidad como acciones en pro de

metas específicas -individuales y colectivas-, la memoria como mecanismo desde el que los individuos asentados en el territorio refieren la historicidad de sí, del entorno y del otro, al tiempo que le dan sentido a su presente y porvenir.

En procura de alcanzar dicha categorización, se partió del enfoque cualitativo de investigación que prioriza la descripción del proceso por sobre la cuantificación del mismo (Bernal, 2010) y como técnicas se aplicaron: el método biográfico y las historias de vida basándose en entrevistas aplicadas a dos líderes y una lideresa, -protagonistas del proceso-, escogidos desde la técnica del muestreo de juicio o selectivo intencional (Martínez, 2012). Además, se aplicó el análisis de fotografías y la revisión de literatura académica y gris (documentos corporativos, archivos eclesiales y de la Junta de Acción Comunal, entre otros).

Desde las anteriores premisas, el documento lo estructuramos así: primero, los ejes desde los que se construyó el problema de investigación en sus aspectos sustantivos (antecedentes, objetivos, formulación de la pregunta orientadora entre otros aspectos); en un segundo momento- capítulo, las referencias conceptuales y teóricas desde las que se abordó el tema de indagación (las relaciones interculturales manifiestas en la estructuración del barrio, de las que se desagregaron tanto los contenidos como el horizonte desde el cual hemos entendido los mismos).

En tercera instancia, referimos las especificidades de las categorías planteadas, que analizamos desde el cruce entre dos clases de fuentes: las referencias obtenidas en el trabajo de campo y la lectura del proceso urbanístico a cargo de otras entidades: prensa, alcaldía, instituciones privadas y del Estado, etc. Finalmente, referimos las rupturas y continuidades de las relaciones interculturales manifiestas en la consolidación del Barrio José Manuel Marroquín II, a partir de los ejes ya esbozados y considerados en los párrafos anteriores. Dicho desarrollo, lo tejemos a partir del núcleo contextual que transversaliza todo nuestro discurso y análisis.

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

1.1. ANTECEDENTES SOBRE EL TEMA

Un desafío pendiente tenemos como academia respecto a la historia de los barrios en las ciudades latinoamericanas: la consolidación de un relato sobre el rol de los actores protagónicos y el detalle de sus procesos de organización en contexto. Dicho detalle alude a dinámicas como las de las Villas Miseria en Argentina, los Barrios de Rancho en Venezuela, las Colonias Populares en México y los Pueblos Jóvenes en Perú (Carrión, 29 de junio de 2017). Como consecuencia, se “produjo el nacimiento de un nuevo sujeto urbano cuyas demandas superaron la capacidad de respuesta de la institucionalidad pública” (Carrión, 29 de junio de 2017).

Desde tal planteamiento, en un estudio como el presente, nos vimos obligados a instituir una serie de categorías desde las cuales se revisó la literatura fronteriza con el problema de investigación. Dichas categorías son: en primer lugar, el barrio como núcleo urbano, cuya existencia no se ha dado de forma accidental, sino que se articula al desarrollo económico, político y social de la región. En segundo lugar, las prácticas interculturales en contexto, como referencia desde la que se tejen relaciones de identidad entre los colectivos y sus lugares de residencia; finalmente, describimos algunos estudios en donde se expresan procesos organizativos, en clave de la reivindicación social colectiva frente, -y en ocasiones en contra-, de los lineamientos del Estado.

1.1.1. EL BARRIO COMO NÚCLEO URBANO

Los intereses de la élite económica caleña y la presencia diferenciada del Estado en el territorio priorizaron la inversión de algunas zonas de la ciudad; además, la inequidad en el espacio, las relaciones y disputas del poder que se dieron en él, son inquietudes que han acompañado el trabajo académico de diversidad de autores. En lo que concierne a los grupos poblacionales y las identidades de los primeros pobladores del Barrio José Manuel Marroquín II, recopilamos el estudio realizado por Arboleda (2011) en el que refiere las identidades de los pobladores del barrio El Retiro en el Oriente de Cali, a quienes denomina como “afropacífico” que se encuentran en constante construcción, apropiación y resignificación.

Guiado por la idea de “dar cuenta de las construcciones culturales que se presentan al interior de las poblaciones afrocolombianas asentadas en el barrio El Retiro del Distrito de Aguablanca, en la ciudad de Cali” (Arboleda, 2012, p. 16), el estudio se relaciona con el presente a partir de categoría de identidad cultural (y, lógicamente, sus manifestaciones en contexto como construcciones), consideradas como aportantes en las dinámicas del barrio El Retiro de Cali, desde la perspectiva del nuevo sujeto urbano (Carrión, 29 de junio de 2017), recurrentemente negado, invisibilizado o matizado en los discursos académicos.

En las conclusiones de Arboleda (2012) identificamos que la presencia afropacífica, en los sectores urbanos, logra fomentar “sus circuitos culturales e identitarios en esa esperanza de concebir como propios algunos de los trozos de ciudad en los que hacen presencia” (p. 213). Así, el barrio como núcleo urbano se convierte en el punto de encuentro y construcción de dinámicas identitarias de territorialización, en las que cada acto social -por cotidiano que sea- toma significancia en la apuesta por visibilizar aquello negado de los sectores populares, en ciudades

en permanente expansión -como Cali- e insertas en las lógicas del capitalismo contemporáneo de homogeneizar las expresiones diferenciales que se desarrollan en la marginalidad.

Otra investigación asumida es la de Valencia (2017), cuyo aporte se refiere el crecimiento de Cali a través de la historia y cómo dicho fenómeno ha sido inequitativo en cuanto a la distribución del espacio, bajo criterios de su acumulación acorde, y en relación directa, con el poder adquisitivo, más que con la necesidad de las comunidades analizadas. Desde el objetivo: “analizar el proceso de expansión al sur oriente de Cali y la participación comunitaria en el Distrito de Aguablanca 1979-1990” (Valencia, 2017, p. 33), se establecen tres dimensiones en referencia al fenómeno social mencionado: el auge económico, los cambios políticos y la migración rural-urbana que determinaron la configuración morfológica de la capital vallecaucana.

A partir de los procesos de organización comunitaria en busca de mejorar las condiciones de los habitantes, Valencia (2017) tuvo como fin principal “Determinar si el proceso de construcción del Distrito de Aguablanca favoreció la intervención de diversos grupos comunitarios, y cómo éstos, en conjunto con el Estado y los urbanizadores informales, dan cuenta de la ocupación de terrenos” (p. 27). La metodología que empleó en dicha investigación fue de corte mixto, en donde se articulan insumos estadísticos y procesos cualitativos.

Encontramos una continuidad en los estudios sobre el barrio como núcleo urbano en Valencia (2017) y Arboleda (2012): la referencia a la migración humana como punta de lanza de procesos que no son ni homogéneos, ni unicausales, y, mucho menos, implican el desplazamiento de un lugar a otro para iniciar las vidas y organización residencial como tabla rasa. En ello, consideramos indispensable plantear que los procesos organizativos expresados en la construcción del Barrio José Manuel Marroquín, II etapa, no respondieron a un patrón específico, lugar común en los estudios dedicados a tales dinámicas, basados en los procesos de poblamiento del barrio El Retiro (Arboleda, 2012) y el Distrito de Aguablanca (Valencia, 2017).

Otro estudio de Arboleda (2013) nutrió esta investigación, y, en él, continúa sus estudios de las identidades afropacíficas, además de referenciar las organizaciones y tensiones que se generan en torno a la adecuación de la vivienda, partiendo de la necesidad de la reconstrucción de las trayectorias de vida paralelamente a la del contexto urbano caleño. Arboleda (2013) afirma que una característica en común que tienen los barrios del Oriente de Cali es la configuración a partir de las diversas olas migratorias provenientes del Pacífico colombiano; ambos estudios de Arboleda (2012; 2013), nos resultan importantes por su aporte a la identidad, reconstrucción de la cultura y la conformación de los barrios del Oriente de Cali. Partiendo del concepto de identidad en lo propio del barrio como núcleo urbano, Arboleda (2013) nos acerca a las relaciones que la cultura, -manifiesta en las prácticas cotidianas-, fomenta, como la consolidación de “pedazos”, (Hollywood-África), cuyo tinte no es solamente del orden geográfico.

Concluye Arboleda (2013) afirmando que la versión romantizada de la Cali cívica hace parte de un ideario de sectores que han procurado, históricamente, invisibilizar o reducir el rol protagónico desempeñado por diversas comunidades que, en su proceso migratorio hacia la urbe, han forjado otra caleñidad, diversa y crítica; encontramos en esa diversidad y actitud deconstructora de las comunidades, -respecto a los planteamientos idealizados hegemónicos y establecidos como cima del análisis respecto a la conformación de barrios como núcleos urbanos- un nicho de interés reflexivo para los Estudios Interculturales; es ahí en donde fenómenos socioculturales como los que se describen en estas páginas toman forma y se plasman como referentes fundamentales de la actividad investigadora.

Desde las políticas públicas y los documentos estatales sobre la morfología de la ciudad, Vergara (2009), hace una descripción de la historia de Cali y de cómo, a partir de las orientaciones de Estado, los acuerdos municipales y los documentos institucionales, se configuró la ciudad que respondía a los intereses del modelo económico, bajo el siguiente objetivo general:

“Analizar y evaluar la efectividad de las políticas públicas de desarrollo urbanístico en la ciudad de Cali durante los últimos cuarenta años (1968 – 2008)” (p. 20).

Vergara (2009) reconoce que el deterioro de las estructuras físicas fue una de las razones de la transformación urbanística, sustentada en la necesidad de actualizar la ciudad, atendiendo a criterios en boga respecto al urbanismo y la paisajística vigentes durante las décadas de su análisis; por otro lado, y en sintonía con los estudios referenciados de Arboleda (2012, 2013) y Valencia (2009), reconocemos con Vergara (2009) que el crecimiento demográfico y urbanístico de Cali, tuvo, entre otras relaciones de causalidad, las olas migratorias hacia la ciudad.

En síntesis, partimos de elementos que constituyen el barrio como núcleo urbano, en las perspectivas de Arboleda (2012, 2013), que los interrelaciona con las dinámicas de identidad y apropiación territorial en el contexto específico del barrio El Retiro de Cali. Tal situación, guardando las proporciones de espacio, temporalidad y características específicas, se inserta en lógicas mucho más abarcales como las que describe Valencia (2017), para el caso del Distrito de Aguablanca y, cuya manifestación en los lineamientos del Estado, podemos verla cuando se describen, analizan y evalúan las políticas públicas sobre el desarrollo urbano en un lapso concreto (Vergara, 2009). De ahí que asumamos necesaria la reflexión sobre las prácticas interculturales relacionadas como la segunda categoría en la que se estructuran los antecedentes en los que se basa esta investigación y que serán descritas en las siguientes páginas.

1.1.2. LAS PRÁCTICAS INTERCULTURALES: EL OTRO COMO INTERLOCUTOR

La diferencia nos nutre de significados contruidos colectivamente, -en un mundo cada vez más interconectado-, cuya manifestación de lo otro se nos expresa en las dimensiones de

nuestra existencia como sujetos adscritos a formas culturales específicas que avalan, o no, el desempeño en contextos concretos. Así, en el ámbito académico algunos investigadores han realizado ejercicios reflexivos de campos que, en otras épocas, no eran objeto de interés por parte de las estructuras formales del saber; uno de dichos estudios considera la comparación entre dos establecimientos tradicionales de la ciudad de Cali, desde la interculturalidad y la cultura de paz.

El trabajo de Díaz (2018) nos permite comprender cómo el concepto de interculturalidad y sus semejantes (prácticas, diálogos interculturales, entre otros), facilitan el análisis de las dinámicas de los habitantes del Barrio José Manuel Marroquín II, en concordancia con sus procesos organizativos. La investigación que desarrolla analiza las prácticas que se viven en dos bailaderos tradicionales caleños (La Matraca y El Chorrillo Antillano), desde los elementos teóricos aportados por la perspectiva de la interculturalidad (Díaz, 2018).

En la descripción de Díaz Santa (2018), encontramos una interpretación que trasciende el multiculturalismo porque aquél “reconoce y tolera la diferencia. A su vez, el interculturalismo como modelo nos invita a no solamente tolerar, sino que apela a un principio de interacción positiva” (p. 22) que podemos encontrarla en las relaciones expresadas durante la construcción del Barrio José Manuel Marroquín II y lo que tiene que ver con sus procesos organizativos.

Más aún, el estudio establece como hallazgo: “uno de los valores importantes para el interculturalismo es justamente ese: compartir. Para gestionar las relaciones de manera positiva e incluyente entre diversos y diferentes, se requiere poner en práctica este valor” (Díaz, 2018, p. 80), con lo cual se vinculan los aportes de Arboleda (2012; 2013) y Valencia (2017), en los que el barrio, como núcleo de lo urbano, fomenta prácticas interculturales desde los actos de la cotidianidad o de aquellos momentos de dedicación al ocio creador como el baile (Díaz, 2018).

Pensamos que el estudio de Díaz (2018) se encuentra con la investigación realizada por Duque (2015) debido a los centros que cada una de las autoras plantea como parte del ejercicio de

interpretación, -ya de las prácticas en dos bailaderos del Barrio Obrero de la ciudad de Cali, ya de los conflictos territoriales entre comunidades indígenas en el departamento del Cauca-: la interculturalidad como núcleo.

Desde la pregunta: “¿Cómo puede el reconocimiento de la interculturalidad en Colombia, dar una nueva visión del derecho al territorio y promover la solución de conflictos interculturales?”, Duque, (2015, p. 14), pone en el contexto de las disputas por el territorio entre comunidades indígenas, los aportes de la interculturalidad como práctica y fomento de diálogos positivos, como las interacciones que mencionáramos antes en Díaz (2018). Entendemos que la forma en que Duque (2015) intenta responder su interrogante, implica asumir un objetivo que abarque el desarrollo de su trabajo, expresado así: “Identificar una nueva perspectiva de la diversidad cultural, para concebir el derecho al territorio, promovido desde la interculturalidad en atención al pluralismo cultural, la justicia comunitaria y el diálogo” (p. 14).

Vemos que Duque, (2015), luego de analizar las situaciones presentadas en Inzá, Cajibío y Acuerdo de Río Piedras, (Departamento del Cauca), entiende la importancia del enfoque intercultural en los colectivos humanos, con intereses antagónicos respecto a un tema o contexto en particular, como los “pedazos” de Hollywood y África (Arboleda, 2013). En ambos estudios, se asume que la interculturalidad nos fortalece dado que fomenta interacciones positivas (Díaz, 2018), como las que menciona Duque (2015) en lo propio de su estudio y en cuya expresión evidenciamos los aportes de la normatividad, el contexto, el territorio, la interculturalidad y la articulación contextual de tales categorías. Dichos ejercicios hacen parte de nuestro desafío al revisar los procesos organizativos desarrollados en el contexto de esta investigación.

Una de las conclusiones de Duque (2015), nos resulta apropiada para el caso de estudio: la necesidad de construir territorios interculturales que bien pueden ser zonas de influencia campesina e indígena en la zona rural del departamento del Cauca (Duque, 2015); o, también, los

grupos que reclaman su pertenencia a un “pedazo” (Arboleda, 2013), y que se nos muestra como la particularidad que, ante el Estado, como agencia reguladora, nos aporta el interculturalismo. Dichos territorios interculturales deben asumir que “Comprender se debe entender no solo cómo conocer a cada cultura y vislumbrar que sus vivencias son diferentes. Trasciende a poder construir soluciones conjuntas en aquellos espacios que son cercanos y de interacción” (Duque, 2015, p. 110). Para que emprendamos dichas soluciones conjuntas, en territorios en que identificamos grupos en tensión, es importante partir de una definición de lo intercultural.

Así, Cueto (2018) establece unas ideas que aportan a esta investigación: “si bien la interculturalidad constituye una opción de diálogo y mediación entre el contexto hegemónico y las culturas indígenas, es fundamental que dichos diálogos procedan de un verdadero reconocimiento a la otredad y el respeto a la cosmovisión” (p. 29) que no es únicamente “un encuentro entre culturas”, sino también “un espacio verdaderamente dialógico” (p. 39) que coincide con las afirmaciones de Duque (2015) y de Díaz (2018), y visibiliza procesos que no se emprendieron en el barrio El Retiro, de Cali (Arboleda, 2013).

Mirar al otro desde fuera, “los de allá son bien, pero...” al decir de Arboleda (2013), evidencia que las características expresadas por el interculturalismo nos posibilitan unos ejercicios alusivos a las prácticas y procesos organizativos desarrollados por los habitantes del Barrio José Manuel Marroquín II, en la fase de su fundación. Comprendemos la necesidad de revisar otras experiencias sobre procesos organizativos comunitarios y culminar con la literatura escogida a propósito de este estudio, lo que se presenta en las siguientes páginas.

1.1.3. **LOS PROCESOS ORGANIZATIVOS: EXPERIENCIAS DESARROLLADAS, INICIATIVAS A SEGUIR**

El Barrio José Manuel Marroquín II, como muchos del Distrito de Aguablanca (Valencia, 2017), vivió procesos específicos para solucionar necesidades puntuales, del día a día, en la apuesta por mejorar paulatinamente sus condiciones de residencia y supervivencia social. Tal apuesta trae como consecuencia la estructuración de un tejido social que generó identidades respecto al territorio en sí y con sus pares, es decir, otros barrios de similares características.

Cuando partimos de la identidad como elemento articulador de las prácticas sociales cotidianas, vinculamos el trabajo de Molina y Pinzón, (2018), que plantea un interrogante específico: “¿Cómo se configura la identidad colectiva de las mujeres lideresas de organizaciones de base que participaron en la primera cohorte de la Escuela de Mujeres Constructoras de Paz, en el tiempo comprendido de abril a julio del año 2015?” (p. 14) y del que deriva el siguiente objetivo general: “Describir el proceso de configuración de la identidad colectiva de las mujeres de organizaciones de base que participaron en la primera cohorte de la Escuela de Mujeres Constructoras de Paz, en el tiempo comprendido de abril a julio del año 2015” (p. 16).

La categoría central del estudio de Molina y Pinzón (2018) es la identidad colectiva en un contexto social específico y que presenta iniciativas para abordar la conciliación y el conflicto en el territorio urbano, derivando puntos en común con los procesos organizativos que se desarrollaron en el Barrio José Manuel Marroquín II: la inconformidad frente al ineficiente funcionamiento del aparato estatal, además de que no es oportuno para “generar mecanismos para interactuar con las comunidades, existiendo un gran distanciamiento entre las entidades y las realidades sociales de las mujeres” (Molina y Pinzón, 2018, p. 74). Dicho distanciamiento entre mujeres y organizaciones del Estado (Molina y Pinzón, 2018) se expresa también en sectores

marginalizados, con un estigma colectivo, como se refleja en los casos del Distrito de Aguablanca, El Retiro (Valencia, 2017; Arboleda, 2012; 2013) y José Manuel Marroquín II.

En clave del éxodo masivo del sector rural al urbano que vivimos como país, Corzo (2018) realiza una investigación estructurada a partir de la pregunta: “¿Qué procesos de organización comunitaria han contribuido a la recuperación del territorio y a la sustentabilidad, en la localidad de Ciudad Bolívar?” (p. 6) y describe lo que podemos denominar relaciones interculturales entre personas de diferentes tradiciones geográficas, que huyen de la violencia rural y procuran una solución a la vivienda, y se asientan en Ciudad Bolívar, (Bogotá).

Con marcadas diferencias entre los procesos de interculturalidad ya vistos (Díaz, 2018; Duque, 2015), encontramos aspectos destacables y coincidentes con los de los procesos urbanos caleños (Arboleda, 2012; 2013; Valencia, 2017) y el trabajo de Corzo, (2018), cuyo objetivo general fue: “Caracterizar la experiencia organizativa comunitaria de la Asociación de Granjeros de Güatiquía, ASOGRANG, en los procesos de recuperación y aprovechamiento del territorio en la localidad de Ciudad Bolívar” (p. 8) y que sirvió para contar la historia de cómo, en el contexto, se aplicó una estrategia para generar territorialidades acordes a las necesidades de la población.

Partiendo de los elementos mencionados en esta sección, procedemos a establecer el problema de investigación en el siguiente numeral, pretendiendo que derive de la articulación de los ejes descritos y sea acorde con las demás ideas presentadas en el documento.

1.2. DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

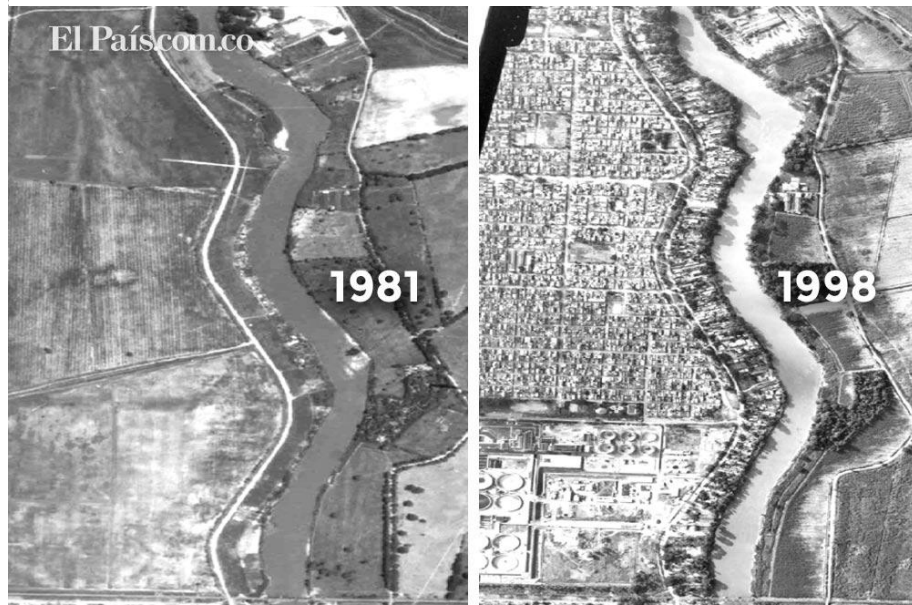
Cali, como muchas ciudades colombianas y latinoamericanas, se ha transformado como territorio: de ser una aldea de iglesias y monasterios de tránsito obligado para comerciantes y viajeros que iban para algún puerto (Buenaventura, en este caso), se convirtió en residencia de

médicos, terratenientes, hacendados y comerciantes que se ubicaron en el sector privilegiado de la ciudad, (el empedrado) “dejando” los ejidos para los sectores populares (Arboleda, 1957). La ciudad se configuró con una marcada distribución espacial: el centro como concentración de la clase dominante y los espacios de poder, -cabildo, ayuntamiento para lo civil; iglesia para lo religioso, plaza principal como espacio de socialización y pequeños almacenes que representaban el incipiente comercio de la época- (Colmenares 1975).

A finales del siglo XIX, una élite de hacendados y terratenientes extranjeros invirtió en la industria y toma el rumbo de la ciudad. A inicios del siglo XX, esta misma élite política y económica promovió la separación del departamento del Cauca y el nacimiento de uno nuevo, que sería eje del sur occidente colombiano por su posición geográfica y naciente industria cañera, además de la recepción de ingresos estatales (Vásquez, 1990). Otros hechos incidentes fueron: la inauguración del Ferrocarril del Pacífico, la navegación por el Río Cauca, el surgimiento de pequeñas y medianas industrias de actividades manuales, que evolucionaron de actividad familiar a organización empresarial, (Galindo, 2003) y el fomento de ocupaciones de bienes y servicios.

A mediados del siglo XX, diversas oleadas migratorias causadas por razones como la violencia nacional, la búsqueda de proyectos de vida o los desastres naturales, encontraron en la naciente consolidación urbana de Cali, -que ni fue homogénea, ni agenciada únicamente por el Estado-, la oportunidad para su realización y un nuevo comienzo (Aprile, 2012) como se evidencia en la figura 1.

Figura 1 Vista aérea del Distrito de Aguablanca



Nota: Periódico El País (2021).

En la segunda mitad del siglo XX, con la creación de la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC), los antiguos humedales del Río Cauca fueron desecados para usos agrícolas, aunque pronto se les dio un fin habitacional acompañado de un masivo proceso de ocupación en asentamientos humanos de desarrollo incompleto, presentado en la figura 2:

Figura 2: Vista aérea del Distrito de Aguablanca



Nota: Garzón, (2012).

Después de algunas migraciones provenientes del Cauca, Nariño y Chocó, el Oriente de Cali se convierte en punto de ebullición de “reacciones de química social” (Halbwachs, 1932) y se formó el Distrito de Aguablanca, visible en las figuras 3 y 4 y definido así:

Aguablanca es un área residencial en su gran mayoría, desarrollada sobre el borde del Río Cauca. Cumple funciones periféricas como la salida hacia los municipios de Candelaria y Palmira y gran parte de su área es de desarrollo incompleto. Constituye una zona de borde, de transición entre lo urbano y lo rural. Cuenta, además, con una extensión de 2.202,590 hectáreas”. (Concejo Municipal de Santiago de Cali, 2017).

Figura 3: Vista aérea Cali 1990



Nota: Garzón, (2012, p. 62).

Figura 4 Área de Aguablanca y la Laguna del Pondaje en 1985



Nota: Garzón, (2012, p. 62).

De esta manera, el oriente de Santiago de Cali cabe en la siguiente descripción:

“Una opción de albergue a la población desplazada, a través del cual surgió la ciudad segregada, informal, marginal y excluyente que generó y genera, no solo problemas de orden público, sino también altos costos sociales, educacionales, de salubridad, ambientales y de servicios públicos al no tener acceso a los beneficios de la ciudad formal” (Vergara, 2009, p. 62).

La llegada de población negra, campesina e indígena, despertó exclusión por parte de la tradicional clase dominante de la ciudad ya que éstos estaban lejos de reconocer a la nueva Cali, el subconjunto de ciudad, la que recibe a los migrantes con un cruce de brazos y emerge en la periferia. El crecimiento de una ciudad con políticas racializadas, invisibilizó a gran parte de la población y marginó a los nuevos conciudadanos. Esta dinámica ciudad vio transformada su demografía con los nuevos habitantes que se abrieron paso en medio del lodo y el polvo.

1.2.1. FORMULACIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

El Barrio José Manuel Marroquín II se creó en medio de las condiciones esbozadas, y, de acuerdo con el registro de Planeación Municipal, se encuentra ubicado entre la diagonal 24 al norte y la carrera 28 A y 28 D al sur, Transversal 103 y calle 105 al oriente; adscrito a la comuna catorce del oriente de Santiago de Cali, cuyos límites son: Marroquín III al occidente, Marroquín I al norte, Alirio Mora Beltrán al Oriente y Manuela Beltrán al sur.

Para caracterizar la formación del Barrio José Manuel Marroquín II, se realizó una periodización consistente en: una primera etapa que llamamos Fundación, (1980 a 1999), cuando llegan los primeros pobladores al barrio e inician los procesos organizativos para acceder a los servicios mínimos para residir en la zona (electricidad, alumbrado público, acueducto, entre otros) y que priorizamos en este estudio. Una segunda etapa, la Consolidación del barrio, (2000 a 2010), en que se destaca la construcción de vías y conectividad del barrio con el resto de la ciudad; finalmente, en la última década, la Actualidad, en que se cuenta con todos los recursos.

Los límites de indagación del problema se formularon en el siguiente planteamiento:

¿Cuáles son las principales características de los Estudios Interculturales que se evidenciaron durante los procesos organizativos de autoconstrucción del Barrio José Manuel Marroquín II?

Esta cuestión nos implica reconocer otros interrogantes:

¿Qué relaciones existen entre las dinámicas poblacionales que se dieron durante dicho proceso respecto a la identidad como nuevo sujeto urbano?

¿Cómo se manifestaron los conceptos de raza, clase, género, relaciones interculturales y procesos organizativos, durante el fenómeno a estudiar, desde el eje de la memoria y los recuerdos?

¿Cuál es la importancia de la memoria colectiva en los procesos organizativos desarrollados en el contexto de investigación?

1.3. **OBJETIVOS**

1.3.1. **OBJETIVO GENERAL**

Caracterizar los aportes principales de los Estudios Interculturales que se evidencia durante los procesos organizativos de autoconstrucción del Barrio José Manuel Marroquín II.

1.3.2. **OBJETIVOS ESPECÍFICOS**

Describir las relaciones entre las dinámicas poblacionales que se dieron durante el proceso de autoconstrucción del Barrio José Manuel Marroquín II y la identidad como nuevo sujeto urbano.

Establecer la forma en que se manifestaron los conceptos de raza, clase, género, relaciones interculturales y procesos organizativos, durante el fenómeno a estudiar, desde el eje de la memoria y los recuerdos.

Comprender la importancia de la memoria colectiva en los procesos organizativos desarrollados en el contexto de investigación.

1.4. **DISEÑO METODOLÓGICO:**

Para la realización de esta investigación se llevó a cabo el método biográfico, la técnica a emplear es el de Historias de vida; por medio de esta, se recopilarán relatos de historias y experiencias que permitieron visibilizar la memoria de habitantes del Barrio José Manuel Marroquín II, para describir cuanto ha cambiado el barrio desde sus inicios; se rastrearán álbumes fotográficos familiares que servirán como la imagen viva de la época. Cabe destacar que los relatos e historias de vida que nutrirán la investigación se elegirán personas de diferentes grupos etarios, así se podrá hacer una lectura de los adultos que llegaron a hacer su vida en el barrio, como la de los que nacieron en él. Además, se realizará exhaustiva revisión de documentos

(literatura académica y gris) como: Acuerdos Municipales, documentos de Planeación Municipal, archivos eclesiales y Junta de Acción Comunal.

Teniendo en cuenta lo planteado por Bernal (2010), son diversos los métodos y enfoques para la producción académica, lo que representa una gran utilidad en el ejercicio investigación en tanto que “no hay supremacía de un método o enfoque respecto a otro, sino que cada uno tiene sus propias fortalezas y debilidades, además que la tendencia es la complementariedad entre éstos” (p. 58). Partiendo de esta premisa y en lo que concierne a esta investigación el método aplicado para dar respuesta la pregunta en la que orbita esta investigación, se destaca el cualitativo pues “se centran en la comprensión de una realidad considerada desde sus aspectos particulares como fruto de un proceso histórico de construcción y vista a partir de la lógica y el sentir de sus protagonistas, es decir desde una perspectiva interna (subjetiva)”. Ya que, esta investigación se centra en caracterizar algunos de los aportes de los Estudios Interculturales que se evidencian durante los procesos organizativos de autoconstrucción del Barrio José Manuel Marroquín II.

Para llevar a cabo esta investigación tomamos en cuenta la participación de cuatro residentes del Barrio José Manuel Marroquín II de la ciudad de Santiago de Cali. Haciendo una breve caracterización de estos individuos podemos decir que son habitantes fundadores, que han desempeñado diferentes roles como líderes o actores participativos en adelante será denominados como *protagonistas* que llegaron al barrio con el sueño de tener vivienda propia, han envejecido en la lucha por la vivienda digna y sobre todo que han padecido el estigma de vivir en uno de los sectores socialmente vulnerables más reconocidos de la ciudad y qué, a pesar de las inclemencias levantaron a sus hijos en el barrio y ven crecer a sus nietos en él.

La selección de dichos individuos se realizó a partir del muestreo de juicio, también llamado selectivo intencional dado que “El interés fundamental no es aquí la medición, sino la comprensión de los fenómenos y los procesos sociales en toda su complejidad” (Martínez, 2012)

A partir de la disponibilidad e interés por hacer parte de esta investigación, se nos presentaron matices que distinguen a cada uno como: filiación política, género, activismo social, actividad económica que desarrollan.

Los capítulos que se desarrollarán en adelante tienen una propuesta intencionada; por un lado, el debate epistemológico entre los conceptos claves por los que orbita esta investigación, haciendo un tránsito en la discusión Multiculturalismo, Interculturalidad y Estudios Interculturales. Luego, se hará la reconstrucción de los relatos y memorias de los habitantes del barrio José Manuel Marroquín II, ambientada con las melodías que acompañaron las jornadas de construcción, las recolectas para los fondos de infraestructura del barrio y las luchas de nuestros protagonistas que se abrieron paso entre el polvo, el lodo y el cemento.

2. REFERENTES TEÓRICO-CONCEPTUALES

En esta sección delimitamos los fundamentos teórico-conceptuales de la investigación: la cultura como centro de intensos debates desde diferentes campos del saber; posterior a ello, el enfoque de multiculturalismo como discurso y práctica de investigadores y Estados en la última década del siglo XX que evoluciona en la Interculturalidad, como fundamento de los Estudios Interculturales y como postura reflexiva en campos como la raza, la clase y el género; de ahí, acudimos a los conceptos de identidad y espacio, la primera como auto reconocimiento de los pobladores migrantes que resignifican prácticas propias de sus lugares de origen, el segundo como escenario de representación de las experiencias. Ambos conceptos intentando resolver el: ¿quién soy? y ¿en dónde lo soy? de acuerdo a las manifestaciones de habitantes, de diferente ascendencia cultural, en los procesos organizativos de autoconstrucción del Barrio José Manuel Marroquín II. El orden conceptual planteado es el que siguió la construcción de este capítulo.

2.1. LA CULTURA: INICIO DE LAS REFLEXIONES

La cultura es un concepto dinámico, objeto de múltiples análisis desde las Ciencias Sociales y las Humanidades, que, en ocasiones, la han asumido como una entidad determinada por una sola serie de aspectos; tal conceptualización fue cuestionada por los Estudios Interculturales que reconocieron las facetas de una categoría tan cambiante como la de los colectivos humanos en sus aspectos culturales. Restrepo (2014) parte de la paradoja que implica el concepto en singular (cultura) y en plural (culturas), ya que anula las diferencias en contextos específicos. En el Barrio Marroquín II consideramos posible hablar de manera homogénea, pues

no se diferencian las prácticas culturales de las personas nortecaucanas, del Pacífico Sur, o las chocoanas, a pesar de sus características específicas que no difieren en el contexto de la barriada.

En lo anterior, coincidimos con que en las últimas dos décadas del siglo XX, el diseño de la ciudad apuesta por hacerla un espacio financieramente rentable, siendo ausente la figura del Estado (Bonilla, 2012), a pesar de la coyuntura del momento: la Constitución de 1991 como garante de derechos fundamentales que, en el marco de las políticas multiculturales, procura hacer de Cali una ciudad marca y referente de cultura, nombrándola capital de dos fenómenos: de la salsa y del Pacífico, a pesar de sus dinámicas excluyentes (Bonilla, 2012).

Sumado a lo anterior, las diferencias que existen dentro de la homogenización también articulan relaciones de poder y jerarquía como cuando, en el barrio Marroquín II, se ha dado un señalamiento despectivo a la población negra norte caucana o de las áreas rurales, a quienes se denomina despectivamente con el término “chimpa”, “montubio”, como en El Retiro se habla de Hollywood y África (Arboleda, 2012; 2013). A su vez, la población de las cabeceras urbanas caso Buenaventura, Tumaco, Guapi, Timbiquí asume cierta jerarquía que encontramos en prácticas como el vestir y en el tipo de música que se consume.

Otro aspecto significativo del concepto de cultura es el efecto otrerizante y exotizante con el que se ve desde afuera al Barrio Marroquín II, representado en la mirada de los caleños originarios y personas procedentes de otra región a la población negra en particular, en las críticas a sus prácticas culturales que son comunes a otras colectividades del sector (madres que peinan a sus hijas en la calle, niños que salen descalzos a jugar, practicas gastronómicas).

La cultura permite establecer proyectos en común, pese a la diversidad, como cuando, en el proceso de autoconstrucción, los habitantes del Barrio José Manuel Marroquín II dinamizaron la lucha por el reconocimiento de sus derechos en busca de una vida digna con condiciones básicas (acceso a la electricidad, gestión del acueducto, autopavimentación, entre otros).

Continuando con esta precisión conceptual, los Estudios Culturales significaron un nuevo paradigma en la definición de cultura, en cuanto su propósito es entenderlo como uno en el que caben “tanto los significados y los valores que surgen y se difunden entre las clases y los grupos sociales, como las prácticas efectivamente realizadas a través de las que se expresan valores y significados y en las que están contenidos” (Quirós, 2004, p. 1).

En esta investigación asumimos la cultura como prácticas y tensiones que varían y se modifican de acuerdo al espacio, escenario y situación, que producen signos distintivos de diferenciación en las comunidades, a partir de sus desarrollos cotidianos ante otros grupos y entidades que pretenden excluirlos (élite, Estado, corporaciones, etc). Así es posible que afirmemos que lo cultural se convierte en la columna vertebral de las dinámicas humanas en contextos específicos que, en ocasiones, mutan de acuerdo a los mismos.

2.2. EL MULTICULTURALISMO

El multiculturalismo acepta y preconiza la convivencia de culturas diferentes, pero dentro de un marco integrador común, es decir, bajo el imperio de los principios y valores fundamentales en los que se sustenta la sociedad receptora.
(Giménez, 2016, p. 22)

Las políticas multiculturales establecieron cambios a finales del siglo XX, a nivel gubernamental, ya que reconocieron las diferencias y otredades; este enfoque nace ligado a las políticas de gobierno y promovida desde los Estados. La idea de los Estados multiculturales nace como rechazo al modelo unitario y de homogenización pensado desde el modelo de Estado/Nación, (con hegemonía lingüística, cultural, histórica, etc.) y su aplicación ha sido diversa (Kymlicka, 2007). El Estado debe incluir a todos por igual, por ende, la exclusión a las minorías se desmorona cuando todos los individuos acceden a las garantías que la agencia

representa (Kymlicka, 2007), reconociendo la herencia de aquellos grupos excluidos para posibilitar la resignificación de su existencia, en coherencia con la deuda histórica a la que se vieron sometidas en el proceso de asimilación de la cultura mayoritaria (Kymlicka, 2007).

El multiculturalismo es propio de los Estados liberales, en pro de los derechos individuales y la “tolerancia del otro” ya que las múltiples culturas existentes en una sociedad pueden perdurar sin interactuar entre sí, mientras se ocultan las desigualdades sociales, y no se desestructuran las instituciones y el lugar de privilegio que impone a unos sobre otros (Walsh, 2011). En esa perspectiva, surge en Colombia, -luego de muchas luchas de movimientos sociales y colectivos de reivindicación de los derechos y la identidad afro como un anexo de la Constitución de 1991-, la Ley 70 de 1993 que tuvo como principios:

1. El reconocimiento y la protección de la diversidad étnica y cultural y el derecho a la igualdad de todas las culturas que conforman la nacionalidad colombiana.
2. El respeto a la integralidad y la dignidad de la vida cultural de las comunidades negras.
3. La participación de las comunidades negras y sus organizaciones sin detrimento de su autonomía, en las decisiones que las afectan y en las de toda la Nación en pie de igualdad, de conformidad con la ley.
4. La protección del medio ambiente atendiendo a las relaciones establecidas por las comunidades negras con la naturaleza (Ley 70 de 1993, Art. 3).

A partir de varios debates académicos que retomaban a África como continente madre y lugar del despojo una nueva identidad desde lo nominal entre en el escenario: afrodescendiente. Con esta ley se hizo una imagen del negro en Colombia, de su cultura, costumbres y forma de vida que trató de dibujar un prototipo de ¿quién es? ¿cómo vive? ¿cómo es su cultura? a partir de criterios homogenizantes que comprometieron las políticas de identidad, las formas en cómo se gobiernan, sus prácticas ancestrales. Con ello, se desconoció que existen características

diferenciales relacionadas con la ubicación geográfica o de procedencia (Costa Pacífica Sur, Costa Pacífico Norte, comunidades del norte del Cauca, entre otras). A lo que apuntamos con esta investigación es a identificar cómo, desde este discurso y estas políticas de homogenización, se invisibilizó a las personas negras que viven en centros urbanos como Cali.

Si bien, esta ley no resolvió las problemáticas de la comunidad negra en cuanto a la dignidad y reconocimiento de derechos, -ya que en los territorios se sigue viviendo el empobrecimiento, la violencia estructural, la falta de servicios básicos entre otras carencias-, fue un gran logro que en su momento tuvieron los líderes que lucharon por trascender años de invisibilización y exclusión social, usando un recurso político que operó en el contexto global y mundial, en línea con el enfoque multicultural en boga en ese momento.

En Cali, -ciudad con mayor población negra en el país y la segunda de Latinoamérica-, producto de las migraciones de la Costa Pacífica y nortecaucana en la década de 1960 y 1970, esta ley resulta inoperante ya que somos negros si vivimos en las riberas de los ríos o en alguno de los territorios que estén bajo el reconocimiento de los títulos colectivos. Por ello, es importante considerar que los Estudios Interculturales interrogan las relaciones de poder-opresión, vividas por tales migrantes, que no renunciaron a identidad étnica. También, con los Estudios Interculturales se pretende indagar por las políticas empleadas por el multiculturalismo y cómo ha hecho parte de los habitantes del barrio Marroquín II.

El multiculturalismo nos parece limitado para analizar los procesos organizativos del contexto de investigación, por lo cual se da lugar a la categoría de interculturalidad que aporta más elementos para la discusión, como evidenciamos en las siguientes páginas.

2.3. LA INTERCULTURALIDAD: PIEDRA ANGULAR DE LOS ESTUDIOS INTERCULTURALES

Esta investigación se basa en la interculturalidad, adjetivada como crítica, base de los Estudios Interculturales y que se asume como “discurso no exclusivamente vinculado al diálogo entre culturas, sino que debe ser vista como un discurso preocupado por explicitar las condiciones para que ese diálogo se dé. Y esas condiciones son de índole social, económica y educativa, además de cultural (Tubino, 2005, p. 4). Según el autor, la interculturalidad busca suprimir las asimetrías sociales y culturales vigentes, como las expresadas en la formación y autoconstrucción del Barrio José Manuel Marroquín II que, a partir de los procesos organizativos, cuestionaron la presencia restringida del Estado y la garantía de vivienda digna.

Otros ven la interculturalidad como cuestionamiento permanente de los sectores subalternos a “los modelos de estado, del desarrollo y de la ciudadanía eurocéntricos que suelen naturalizar las élites” (Restrepo, 2014, p. 11), o como la negociación y relación de reciprocidad en miras de desarrollar una relación igualitaria “entre” los pueblos, además de valorar saberes y prácticas diferentes culturalmente para alcanzar mucho más allá que reconocer al otro y esencializar su identidad (Walsh, 2011).

Así, los Estudios Interculturales se basan en el análisis de las múltiples diversidades de las sociedades actuales expresadas en diferentes ámbitos (cultural, género, generación, edad, entre otros), y generadoras de tensiones en diversos campos (raza, clase y género), dadas las identidades y subjetivaciones surgidas en el nivel micro y enmarcadas en una estructura de poder macro (moderno, capitalista y patriarcal) que pretende negar sus desarrollos (Dietz, 2019).

La Interculturalidad Crítica, como base de los Estudios Interculturales, tiene como propósito hacer la distinción entre la sociedad abierta y la cerrada, destacando que la primera

(...) es aquella que dinámicamente incluye nuevas propuestas, grupos y cambios sociales.

(...) los Estudios Interculturales no solo deben desmontar, visibilizar y denunciar los planteamientos tramposos de esta operación sino mostrar como las sociedades abiertas progresan y las cerradas se estancan y desaparecen en medio de un suicidio colectivo cuando la exclusión acaba con el pensamiento libre” (Perceval, 2010, p. 80).

En conclusión, la Interculturalidad Crítica y su campo de análisis, (los Estudios Interculturales), se consolidan como un enfoque que cuestiona el poder y las prácticas excluyentes, tanto en lo teórico, (como se infiere de su posición frente al multiculturalismo), como en los contextos de acción, (evidente cuando se analizan los procesos organizativos de autoconstrucción del Barrio Marroquín II). Dichas críticas se presentan en el siguiente numeral.

2.4. MULTICULTURALISMO, INTERCULTURALIDAD Y ESTUDIOS INTERCULTURALES: UNA DISCUSIÓN NECESARIA

El multiculturalismo está relacionado con “políticas de estado agenciadas desde las élites articuladas no en pocas ocasiones al neoliberalismo” (Restrepo, 2014, p. 10), y la Interculturalidad cuestiona tales prácticas, tanto en teoría como en contexto. El multiculturalismo reconoce la existencia de diferentes colectivos y sus signos de identificación, mientras excluye a las minorías que luchan por las garantías con que cuentan los sectores culturalmente hegemónicos, amparadas en un sujeto universal -europeo, blanco, de clase alta, productivo, hombre, heterosexual- (Restrepo, 2014). Con ello, se reducen esencialmente las culturas de los pueblos y minimizan a una representación de lo que es el otro.

De otra parte, los Estudios Interculturales cuestionan la etapa postmulticultural e interrogan sobre las tensiones que tiene implícitas, (Restrepo, 2014; Walsh, 2011; Kymlicka,

2007), afirmando que el multiculturalismo agencia las políticas de Estado y representa sus discursos, en tanto que la interculturalidad es una apuesta política, consciente y determinada, movilizadora por los excluidos de este orden eurocéntrico, blanco, capitalista y patriarcal.

Una crítica a la relación entre los conceptos interculturalidad y multiculturalismo considera que el debate trasciende la esfera de lo público e incide en la academia, promotora de la supremacía epistémica eurocéntrica que debe ser transformada, tanto en las viejas estructuras como en los campos del saber hegemónicos asignados a disciplinas, campos, conceptos, además de la negación de otras formas de construcción del conocimiento (Walsh, 2011).

Otra perspectiva afirma que es necesario el multiculturalismo y la discriminación positiva, como un peldaño obligado para llegar a la interculturalidad ya que se tienen que promover la “tolerancia” y las políticas de los gobiernos para lograrla: “la propia autodepreciación es el instrumento más poderoso de la opresión. Por ello, la emancipación de la opresión debe empezar por la liberación de esa identidad automutiladora impuesta” (Tubino, 2005, p. 7).

Coincidimos con la Interculturalidad Crítica que cuestiona la etapa postmulticultural, las relaciones de poder y opresión que afectan las identidades culturales que se presentan en conflicto; a su vez, porque ataca las políticas públicas acordes al multiculturalismo y fomenta exigencias a las estructuras de dominación en su visión sobre el individuo, el saber y las prácticas como absolutos. Por último, porque el concepto contribuye a la producción de la memoria social como accionar político de sectores sociales excluidos, como los del Barrio José Manuel Marroquín II, en Cali expresados en la identidad y el espacio, como se presenta a continuación.

2.5. LOS ESTUDIOS INTERCULTURALES EN CLAVE DE LA IDENTIDAD Y EL ESPACIO

Las garantías son la posibilidad que nos permite acceder a derechos establecidos en el marco político de los Estados y que se convierten en lucha de comunidades que reclaman un “pertener a” desde la necesidad de “obtener aquello” (Hall, 2010); en otras palabras, la categoría de negro en Colombia se construye desde la presencia física, próxima a la ribera de los ríos (Ley 70 de 1993) o adscrita a los territorios colectivos. En la perspectiva del Barrio Marroquín II y su construcción como sector, las dinámicas identitarias nos permiten considerar que el desarrollo de habilidades sociales, -de ir más allá del rasgo físico en aspectos como la realización de eventos en donde se reivindicquen las costumbres étnicas, vinculando al grueso de la comunidad-, es un referente de intersubjetivación.

La construcción de identidad es un proceso de los grupos humanos en el que emprenden unas acciones políticas y sociales para afirmarse y reafirmarse, en función de unos propósitos comunes (Hall, 2010), como la construcción del barrio, en el contexto específico de los procesos organizativos y la solidaridad interhabitantes. Lo anterior refleja cómo se desenvuelven los actores sociales, desde un lugar de ubicación que trasciende su inserción en el mundo productivo, como bien ha sido criticado por los pensadores pioneros de los Estudios Culturales.

Otra perspectiva es la de **Identidad colectiva** como una zona de la identidad personal en la que el individuo crea, -o cree en-, unas relaciones de pertenencia a diversos colectivos que ya tienen un rasgo que les caracteriza de acuerdo a “un núcleo distintivo de representaciones sociales” (Giménez, 1997, p.18) y no se establece como realidad absoluta, sino que depende de los actores que pertenecen a un grupo u organización específica. Eso trasciende la concepción del

grupo como conglomerado de individuos y lo presenta como una totalidad diferente a quienes hacen parte de él y responden a dinámicas específicas.

La identidad colectiva se asemeja a las entidades en lo que tiene que ver con sus relaciones, por cuanto une a diversas personas desde un sentido de pertenencia que asume comunes una serie de “símbolos y representaciones sociales y, por lo mismo, una orientación común a la acción” (Giménez, 1997, p. 17), que se sirve de la delegación como mecanismo a través del cual se exigen derechos en contextos como el del Barrio Marroquín II. De ello, las comunidades barriales adquieren una identidad que les representa un sentido común, que les hace propio a un grupo de pertenencia. En otras palabras, se nombra identidad colectiva a

Una agrupación social, al cúmulo de representaciones sociales compartidas que funciona como una matriz de significados que define un conjunto de atributos idiosincráticos propios que dan sentido de pertenencia a sus miembros y les permite distinguirse de otras entidades colectivas (Torres, 1999, p. 8).

A su vez, la identidad barrial es: “una clave epistemológica para comprender y transformar la ciudad, puesto que es la apropiación -y producción- de la ciudad por parte de grupos sociales específicos, lo que produce el sentido del barrio y la identidad” (Torres, 1999, p. 10); en esta investigación, partimos de un principio propio de la física **movimiento pendular**, - un cuerpo oscila al vaivén de distintas fuerzas- y apropiamos la categoría **identidad pendular** que asume que la identidad puede cambiar de acuerdo a las fuerza que actúen sobre ella.

Así, la identidad barrial cambiaba cuando se compartían otros espacios como los lugares de trabajo, la academia o los escenarios deportivos en otros sectores de la ciudad debido a que los contenidos culturales y simbólicos apropiados en dichos espacios difieren, -a veces-, de la cultura barrial. Es decir, la identidad colectiva y barrial requieren de un escenario, de un lugar de representación, significativo si se considera a quien lo contiene como el Barrio José Manuel

Marroquín II, y que muta cuando la identidad pendular obliga al individuo a desenvolverse en otros espacios sociales.

Ya que hablamos de espacio, es válido entenderlo como como unidad de interacción y reproducción de la identidad que

(...) liga lo mental y lo cultural, lo social y lo histórico. Reconstruye un proceso complejo: descubrimiento (de nuevos espacios, desconocidos, de continentes, del cosmos) —producción (de la organización espacial propia de cada sociedad) —creación (de obras: el paisaje, la ciudad con su monumentalidad y decorado). Se trata de una reconstrucción evolutiva, genética (con una génesis) pero de acuerdo a una lógica: la forma general de la simultaneidad (Lefebvre, 2013, p. 57).

El barrio, como espacio, hace parte de una escala mayor (la ciudad) en donde la acción colectiva y las identidades generadas, producen tensiones espaciales de pobladores segregados que luchan por pertenecer a aquello que les excluye; el deseo de sentir que la ciudad responde a sus necesidades y que pertenecen a ella configura el derecho a la ciudad, partiendo de que:

(...) el espacio urbano supone simultaneidad, encuentros, convergencia de comunicaciones e informaciones, conocimiento y reconocimiento, así como confrontación de diferencias (también ideológicas y políticas). Es lugar de deseo, de desequilibrio permanente, momento de lo lúdico y de lo imprevisible (Lefebvre, 2013, p. 21).

También se entiende el derecho a la ciudad en los siguientes términos:

(...) es mucho más que la libertad individual de acceder a los recursos urbanos: se trata del derecho a cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad. Es, además, un derecho común antes que individual, ya que esta transformación depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo para remodelar los procesos de urbanización. La libertad de hacer y rehacer nuestras ciudades y a nosotros mismos es, como quiero

demostrar, uno de nuestros derechos humanos más preciosos, pero también uno de los más descuidados (Harvey, 2003, p. 23).

Las categorías de identidad y espacio, entendidas desde el derecho al barrio, a la ciudad y la identidad pendular, hacen parte de una discusión que rebasa las diferencias entre un enfoque de “respeto a las diferencias” y otro de deconstrucción de tal perspectiva y obligan a identificar las dinámicas de los líderes-protagonistas del proceso descrito, presentable en el siguiente capítulo.

3. TEJIENDO Y CONSTRUYENDO: LA AUTOCONSTRUCCIÓN DEL BARRIO EN PERSPECTIVA DE LOS ESTUDIOS INTERCULTURALES

En los Estudios Interculturales, una tríada ineludible es la que se expresa en la raza, la clase y el género como centro de las tensiones que se desarrollan en las relaciones interculturales de las colectividades humanas que analiza dicha disciplina. En este capítulo, tales conceptos son la base para describir algunas de las dinámicas manifiestas en el barrio contexto de investigación y que se abordan en los siguientes párrafos.

Así, el barrio vivenció la cotidianidad de sus habitantes desde las tradiciones que cada individuo y grupo familiar traía desde sus lugares de nacimiento y/o procedencia; el encuentro, - en ocasiones, choque-, de prácticas culturales propias con otras ajenas, obligó a la descripción de las relaciones interculturales en contexto. Una faceta de esto la encontramos en la solución a las necesidades cotidianas, (techo, alumbrado, electricidad residencial, acueducto, entre otros), que sirvió como espacio integrador de los habitantes del Barrio José Manuel Marroquín II, por medio de procesos organizativos que no fueron algo espontáneo, -existía un nivel de planeación para realizar las actividades en pro de alcanzar los propósitos establecidos-. Por ejemplo, y como lo muestra este relato:

Nosotros acordamos en turnarnos para ir hasta Andrés Sanín a traer la manguera con el agua, a veces iban los vecinos de la 80 [calle], otras veces los de acá arriba llegando a la 103. Nosotros si cumplíamos sagradito con lo de la compra de la manguera, colocando los parches y arreglándola (protagonista, 2020).

Por otro lado, reconocemos la memoria y la evocación respecto al barrio como el carácter que como protagonistas vivimos y revivimos episodios de su residencia en el sector, a partir de una foto, de un recuerdo, de una anécdota, de una comida, una canción. Lo anterior refleja la

necesidad de los pobladores del barrio de darle trascendencia a su historia barrial, a los conflictos vividos y a su lugar en la actualidad; ambas dimensiones se presentan en las siguientes páginas.

3.1. RELACIONES INTERCULTURALES. TENSIONES, EL TIRE Y AFLOJE

*Con un poco de humor sigue la pista tres
los señores de aquí se dividen en tres
los señores señores, los apenas señores y usted.
Los primeros "are living" en el barrio de moda
los segundos habitan, casas de clase dos
y los últimos, últimos, los que nunca lo son
son los que hacen las casas, canciones y cosas
para los otros dos.
Ana y Jaime.*

La historia del Barrio José Manuel Marroquín II señala las redes de tejido social, las gestas de su autoconstrucción y tensiones por el territorio expresadas en las relaciones interculturales en momentos como la rumba, la necesidad de un acueducto o alcantarillado, la iglesia, etc. Sin embargo, en medio de esas hazañas colectivas, se esconden las narrativas de hombres anónimos y mujeres invisibilizadas, historias de vida de quienes hacen parte de este lugar, bien sea porque llegamos o nacimos ahí, y que seríamos protagonistas de historias de la Cali “blanca, nativa, de pura cepa”, aunque tal élite pretenda negarlo.

La élite que guetifica los espacios, -proceso derivado de la acumulación ilimitada de capital -, cree que salir de la periferia es un mal menor frente a romper el estigma de provenir de ella, vulnerando el derecho a la ciudad como acceso a lo que ya existe y como la posibilidad de vivir la urbe que responde a nuestros deseos (Harvey, 2003). Entonces, se manifiestan dos posiciones asumidas por la élite caleña: los procesos de gobernabilidad que pretenden reconocer al habitante de la periferia mientras se le niega el acceso al resto de la ciudad por su identidad

barrial y marginal, pese a que sus prácticas necesiten de espacios comunes y contextos similares de autorreconocimiento, producidas por experiencias compartidas, -estar en familia, con los vecinos, alrededor del licor-, (Fayad Sierra, 2012), como se evidencia en la figura 5:

Figura 5 La familia Fernández y vecinos: el licor deleite de los arquitectos de ciudad



Nota: archivo fotográfico de la familia Fernández, (1989).

Como en la escala global el mundo se dividía entre centro y periferia, estas mismas lógicas de poder se reproducían en las ciudades en las que el primero constituye el lugar de privilegio económico, social y político, mientras que el segundo que se resiste, que se abre paso en medio del polvo, el lodo y el cemento, era la negación del anterior. Ambos ejes construían sus símbolos, lógicas de opresión, resistencia y liberación y contaban con sus propios personajes. Así, los nuevos protagonistas urbanos, los olvidados del desarrollo surgidos en las periferias de las ciudades y usados de forma oportunista por la élite, son considerados sujetos invisibles, inexistentes en el proyecto de ciudad, mientras crean un subconjunto de la misma, donde surgen y

se fortalecen familias, lazos de tejido social y tensiones por reclamar los recursos necesarios para una vida digna (Murillo y Schweitzer, 2011).

Pero lo más difícil no era salir de la periferia, lo realmente complejo era cargar con el estigma e ingresar al centro, ser aceptado o rechazado con la etiqueta de vivir en un barrio “marginal”. Para Harvey, (2003) el derecho a la ciudad implica mucho más que tener el derecho al acceso a lo que ya existe, es pensarnos la posibilidad de vivir en una urbe que responda a nuestros anhelos y deseos. Sin embargo, la acumulación ilimitada de capital y la brecha que ha producido el sistema económico, ha hecho que la clase dominante, en defensa de sus intereses, cerque los espacios y se guetifican las ciudades, como lo vemos en Cali con relación al Barrio José Manuel Marroquín II.

Harvey (2003), afirma que: “Todos nosotros somos, en cierto modo, arquitectos. Individual y colectivamente, hacemos la ciudad a través de nuestras acciones cotidianas y de nuestro compromiso político, intelectual y económico. Pero, al mismo tiempo, la ciudad nos hace a “nosotros”. La ciudad, la Cali de las condiciones y de las altas edificaciones hacía que se sintiera vergüenza, al salir de la periferia, pero en sus territorios cada uno era libre de verse y mostrarse a su antojo (Ver Figura 6) protagonista (2020):

“(…) llegaba uno al centro con el barro aquí, más abajito de la rodilla porque así, usted por mucho que se cuidara llegaba otro y lo pisaba, cuando uno llegaba al centro lo primero que decía la gente era: llegaron los de la finca. Me pareció una vez tan... Una vez que estaba yo trabajando en el barrio Santa Mónica Residencial por allá por la sexta y viene una niña joven, bien hermosa por cierto, y yo llegué, y de la pena que iba todo embarrado, agaché la cabeza y la niña me dijo: Joven buenos días, y yo...señorita buenos días... me pareció un gesto como de no sé qué decirle a eso, de nobleza de que esa muchacha me vio todo embarrado, esa gente de Santa Mónica es gente rica y no sé,

seguro se le partió el corazón de ver que yo agaché la cabeza y me saludó. Yo me llené de alegría al ver que esta niña me saludó y que la gente ve el sufrimiento que uno tiene acá...

Figura 6: Mis hijas se ven bien... Yo, como sea



Nota: álbum familiar de protagonista (1988)

En el barrio se tejen “las relaciones personales más estables y duraderas; los paisanos, los viejos compadres y los nuevos amigos redefinen sus lealtades en torno a la nueva categoría de vecinos” (Torres, 1999, p. 11). Esta clase social asume que la familia va más allá de los lazos de parentesco y lo expresan en reuniones de vecinos, en el disfrute del tiempo libre y de la unidad integrada en la palabra “comunidad”, asumiéndose como “constructores de ciudad, arquitectos” que aportan en la consolidación de Cali desde su compromiso político, económico e intelectual (Harvey, 2003). Generalmente los domingos se realizaban actividades para compartir luego de una semana por fuera de la periferia, esa unión en muchos casos representaba el trabajo en el territorio.

Figura 7: Los vecinos, amigos y hermanos.



Nota: álbum familiar de protagonista (1989)

Como arquitectos y constructores de ciudad (Harvey, 2003), coinciden las prácticas con el epígrafe de Ana y Jaime, dado que la gran mayoría de los hombres del Barrio Marroquín II trabajaron, -aún lo hacen-, en la construcción y sus fines de semana los dedicaban a “tomar trago” (ver figura 7); a su vez, las mujeres se empleaban en el servicio doméstico, implicando “ir a Cali” para hacer y limpiar las casas de los que tenían el derecho de la ciudad, las casas “are living”, con los equipamientos e infraestructura necesaria para vivir. Con lo dicho, no pretendemos romantizar el barrio y señalar como única contradicción de clase la del habitante de Marroquín ante los sectores pudientes; al interior del sector, también se estratificaban como pobladores:

(...) teníamos unos vecinos a los que les decían los pobres ricos, porque se creían los ricos de por aquí, porque fueron de los primeros que hicieron la casa de por aquí en material, ellos no vinieron a vivir en rancho, si no en casa ya... (protagonista 2021).

En perspectiva de género y clase, las mujeres sumábamos una condición de subvaloradas por el sistema patriarcal dominante a la de compañeras de vida de obreros de la construcción y se

debatían entre ser “sirvientas” en las casas “are living” o agregarle al quehacer doméstico alguna ocupación que aportara económicamente en el sustento familiar (ver figura 8), una realidad de doble explotación: por ser cónyuges y por ser mujeres.

Figura 8: Doble explotación: por esposa, por mujer



Nota: Archivo Parroquial (1993)

La exigencia a la mujer era mayor que hacia los hombres; a ellas se les pedía que desempeñaran demasiados roles y que no fallaran en ninguno, evidenciando que el carácter de excluidas, marginadas y explotadas, no dejaba un espacio sin ocupar:

Fue muy duro para mí, porque tenía que dejar a los tres pelados aquí solos, mientras yo me iba a llevar a mi hija (ver Figura 9), era terrible, entraron a estudiar y tenía que llevarlos a la escuela, por la mañana me iba hasta el 7 de agosto. Ellos hicieron toda la primaria allá. Y, por la tarde, hacía almuerzo y corra con la otra para el Instituto de Ciegos y Sordos, a las 5 que salía y llegaba aquí por lo menos a las 7 u 8...

Yo vivía encerrada, pues qué, uno con cuatro hijos dígame, puro oficio en la casa, hágale y fuera de eso con una pobreza bien verraca, entonces a mirar cómo se ayudaba; yo cosía, también tejía, algunas personas venían a que yo le enseñara, eso era para mí un

poquito de dinero, hacía arreglos de ropa o me daban ropa para coser en casa, yo no sé a qué horas yo hacía todo eso... Yo nunca tenía un momento de descanso, siento que era una persona amargada tensionada por las obligaciones... (protagonista 2020)

Figura 9: Creciendo juntos



Nota: álbum familiar de protagonista (1983).

Otra fuente de ingreso para estas familias fue liderada por las mujeres con la venta de frutas (mango, chontaduro, grosellas, carambolos) en cercanías de las instituciones educativas, o, recientemente, en la venta de productos por catálogo. En otros casos, en los que se refleja la solidaridad de género y de clase, la iniciativa de madres comunitarias y guarderías constituyeron una fuente de ingreso para aquellas mujeres que tenían hijos y, a su vez, representaban una red de cuidado para niños cuyas madres buscaban el sustento económico fuera del barrio. Dicha solidaridad también la observamos en el apoyo a iniciativas que suplían dos condiciones: la económica -de alimentación- y la de género -en consideración a la labor doméstica-:

Colocábamos entre nosotras [alimentos], lo que íbamos a gastar en la casa lo colocábamos ahí, hacíamos cuentas ¿Cuántas somos?, ¿Cuánto necesitamos?, un menú diario y

entonces ya sabíamos que cada una tenía que colocar. Luego esto se convirtió en una olla comunitaria que se vendía el almuerzo como a 100 o 200 pesos, y se convirtió en eso porque veíamos la necesidad de la gente y como la hermana [Alba Estela Barreto] tenía, pues sus relaciones, ella se conectó con el arzobispo y desde ahí empezó el Banco de Alimentos (protagonista 2020).

La identidad de género, de barrio y de clase, se torna rebelde ante una metáfora que construimos desde la experiencia de la olla comunitaria: así como la élite “dejaba” las sobras para los habitantes del sector en su justo derecho a la ciudad, así mismo, la figura se materializaba en la consecución del elemento fundamental para la supervivencia (los alimentos).

Ellos [el Banco de Alimentos] recogían de las galerías y almacenes de cadena lo que no vendían y daban a los espacios. No eran muy buenos productos, eran productos que ya se iban a dañar; entonces ellos le daban a uno un montón, nos turnábamos para ir por esos mercados y escoger, organizar, lo que estaba bueno para la olla comunitaria (protagonista 2020).

Continuando con la metáfora, al mejor estilo de las intenciones de la élite blanca y mestiza de invisibilizar a los sectores populares, las prácticas paternalistas de los programas de gobierno o de entidades privadas daban “las migajas” de los recursos disponibles; en el mismo sentido, en el barrio se alimentaban de lo que se podía “recuperar” de las galerías, de los productos que “ya se iban a dañar”. Por otro lado, en perspectiva de género, quiénes hacían las tareas de logística (ir por los mercados, escoger y organizar lo que estaba bueno), eran las mujeres de esos habitantes económicamente excluidos, socialmente marginados.

La escasa formación académica, la necesidad económica y las migraciones que poblaron Cali de las que proveníamos, (Urrea, 2012), nos obligaron a las mujeres, a aprender artes y oficios tradicionalmente de nuestro género (peluquería, arreglo de uñas, confección) para

aumentar el precario ingreso familiar, recalcando la doble explotación ya señalada. Así, forjamos iniciativas empresariales como forma de resistir a la exclusión que la Cali blanca emprendía contra las minorías marginalizadas, en una triple condición: raza, clase, género (Valencia, 2017):

Nosotras hicimos un taller, nos dieron, en el 92 [Siglo XX] más o menos, hubo un proyecto con los italianos que se llamaba PTREV y ellos nos dieron una maquina plana y una filetiadora; no nos dieron capital semilla, solo las máquinas y nos conseguimos trabajo a terceros y nos compramos, cada una colocó un dinero, y compramos otra máquina plana...

Y llevamos también familiares, y durante dos años, estuvimos trabajando ahí, trabajamos para un señor que vendía ropa de dama y camisas para caballero al centro, en negocios del centro de Cali; después llegó otro proyecto que se llamó El Ropero... Me tocó salirme de ahí, por ejemplo, yo ganaba en el taller, pues lo que hiciéramos y lo repartíamos entre las tres (protagonista 2020).

Aclarando que no se discutirá aquí el concepto de campesino como sujeto económico ni de derechos, la presencia campesina en el barrio se visibilizó a partir de las prácticas que eran tradición y aportaban en la supervivencia alimentaria de las familias; en muchas casas había plantas, pequeñas huertas en los antejardines o patios; otros evocaban dicho pasado campesino a partir de la inmortalidad fotográfica (Figura 10):

(...) en mi casa, la primera parte, como unos tres metros era puro jardín, puro matorral, ahí cultivé badea, por ejemplo, tenía un mirto, tenía unas florecitas moraditas que le llaman siempre viva, siempre mantenía florecida” (protagonista 2020).

En un incipiente criterio de independencia alimentaria y reproduciendo las prácticas de sus lugares de origen, muchos de los pobladores buscaban siempre un rincón para la siembra:

(...) en el patio de la casa sembramos ¿era una yuca, hija? Sí, una yuca, pero esa yuca se dio mala, porque era amarga y no servía para comerla; ... tenía un maíz, una mata de tomate y unas cebollitas pero no grandes, varias veces cocinamos con lo que había en el patio, uno llegaba y no más sacaba lo que necesitaba de ahí y pa' la olla" (protagonista 2019).

Figura 10: Mi tierra, mis plantas, mis bichos.



Nota: álbum familiar de los Fernández (1988).

Considerar los conflictos respecto al territorio es reconocer su carácter social activo y complejo y presenta la condición de anclar la vida de las poblaciones o de ser espacio de resistencia a la exclusión económica y social (Rosas, 2012). En el nuevo territorio se expresa una “nueva ruralidad”, en la que se revitalizaban antiguas prácticas apropiándose de los recursos y las dinámicas que les ofrecía la ciudad, considerándose un proceso de contraurbanización que “expresa más una saturación del sistema urbano que el surgimiento de un ámbito (el periurbano, difuso) peculiar e inédito como resultado de la revitalización rural” (Ruiz y Delgado, 2008, p. 85).

Otro aspecto de las relaciones interculturales, además de los de clase y género, era el de la constitución de la ciudad: Cali se pobló a partir de un proceso de Asentamientos Humanos de Desarrollo Incompleto, (antes llamadas invasiones), por el que las comunidades se apoderaron de lotes -aparentemente- baldíos (visto en el Distrito de Aguablanca y barrios como: Marroquín, Comuneros I y II, Poblado I y el Retiro, entre 1980 y 1981), pasando de “13 barrios en 1980 a 29 en 1981 y 41 en 1985” (Fayad Sierra, 2012).

El fenómeno traía consigo la exclusión social, racial y de género, así “si es mujer, afrodescendiente, menor de edad, madre soltera, que no ha terminado la secundaria y vive en el distrito de Aguablanca, no consigue trabajo en Cali” (Ortíz y Urrea, 1999 [citado por Fayad Sierra, 2012]), pese a los intentos de la élite de llenar la ciudad a partir del éxodo de diversos sectores rurales, -a inicios de la década de 1930 y en los últimos años del decenio de 1970-, para disponer de mano de obra barata y permanente (Valencia, 2017).

El nuevo sujeto urbano, (Carrión, 29 de junio de 2017), reclamaba un territorio en el cual reorganizar su vida y supervivencia en condiciones mejores de las que dejaban en la ruralidad y se enfrentó a la incapacidad de la élite caleña para solucionar dichas exigencias; la alternativa de la clase gobernante fue impulsar la participación colectiva y visibilizar, convenientemente, alguna minoría como la negra, lo que fuera tendencia en algunos sectores, -El Retiro- (Arboleda, 2011), y en otros, no -Marroquín II- de acuerdo a lo que nos manifestara uno de los protagonistas:

Los negros llegaron después...

Cuando yo llegué no había negros aquí, nosotros todos, o sea yo no recuerdo familias negras aquí en mi cuadra, ni en esta, ni en la de allá; no, todos éramos mestizos, éramos gente que pagábamos arrendo en la ladera, casi todos los que llegamos de primerazo, éramos gente que pagábamos arrendo en la ladera.

Eso fue después de unos años, yo llegué en el '82 decí vos, para el 88 '90 ya llegaron familias negras, pero han llegado es a pagar arrendo, no fueron fundadores. Después fueron comprando, ahhh bueno hay una familia, una señora con un hijo, que vive allá arriba en la esquina, doña Chava, ella fue mi vecina negra. Su hijo se crió con los míos, él mantenía solito porque ella trabajó vendiendo frutas; ahora tiene una casa de tres pisos, bien chévere y el pelao muy juicioso, él se crió con los míos, véalo es este, el que aparece aquí en la foto (Figura 11). Mírelo es el único niño negro, no había más... (protagonista 2020)

Figura 11: Los negros llegaron después



Nota: álbum familiar de una protagonista (1985).

En Cali, se vivieron cuatro olas migratorias de población negra, a lo largo del siglo XX, que aportaron en el proyecto urbano: en primer lugar, el desarrollo de la agroindustria de la caña de azúcar movilizó a personas nortecaucanas y del sur del Valle del Cauca. Una segunda ola migratoria, de mineros del Pacífico Nariñense (Barbacoas, Guapi), interesados en que sus hijos estudiaran en la ciudad (entre 1940 y 1960). La tercera ola es de los negros chocoanos interesados

en ser docentes estatales y la cuarta ola provino de Buenaventura (en 1960, 1990 y años siguientes), por distintas causas (Urrea Giraldo, 2012). En la voz de uno de nuestros protagonistas “Yo llegué en el ’88 y no habíamos sino como tres o cuatro familias de negros en toda la cuadra, pero luego poco a poco llegaron más” (protagonista 2019)

Dichos migrantes negros se asentaron territorialmente respetando los ejes imaginarios de la ciudad: el del norte, oeste y sur receptor de las clases media, media alta y alta, frente y sobre el eje que crece hacia el oriente, en donde se ubicaron aquellos, como herencia de prácticas de siglos pasados en donde el abolengo exigía lugar de residencia específico (Castillo, 2012). Es evidente que la mano de obra era predominantemente indígena y negra, como encontramos en el Barrio Marroquín II, e implicaba para la mujer, a la precarización de clase, raza y género. Las oleadas migratorias también implicaban unas relaciones interculturales, leídas desde la raza:

Yo no sé qué pasa con las familias negras, pero, por ejemplo, las familias del Chocó son un cuento... las de Tumaco son otro cuento... las de Buenaventura son otro cuento... Por ejemplo, la única vecina negra que yo tenía aquí son del Chocó y todos los vecinos que yo conozco del Chocó son maestros, vienen a buscarse el trabajo a estudiar, siempre pensando en estudiar.

En cambio, la gente que viene de Buenaventura son los que se ponen a vender vicio. Esa gente, dicen fueron los que vinieron a dañar la cuadra, porque dejaron a una abuela, criando un montón de nietos y nietas y las mamás se fueron pa’ España, se fueron pa’ Chile, entonces mandando plata. Pero la abuela no tenía ningún control sobre esos pelados, quedaron a su libre albedrío, unos murieron, se dedicaron a la prostitución, entonces allí nacieron un montón de pelados, que hoy... las que se salvaron son afortunadas, porque a más de una las han matado... A diferencia de los negros del Cauca,

por ejemplo, ahí al frente viven unos que se trajeron a los de acá, son gente muy formal, muy amable, serviciales... (protagonista 2021).

De esta manera, nos convencemos de que Cali “no es mulata”, es “blanco-mestiza”, ya que el negro es condenado a un lugar de exclusión, y se le convenció de la necesidad de buscar el aporte de su raza a la ciudad, sin que se pida lo mismo a los blancos o mestizos (Feijoo, 2012). Y así, vamos sumando estereotipos sobre los negros: son buenos deportistas, bailarines, sus saberes no son válidos y un largo etcétera en el que se visibiliza esa ciudad racializada, con herencias de hace más de dos siglos (Feijoo, 2012), que se siguen expresando en la realidad del barrio:

Comprendí que ellos [los negros] son así, viven en comunidad, a ellos les gusta exteriorizar, compartir lo que hacen, por eso hablan duro; también que pasa ellos... en sus tierras, en sus territorios, eran como familia: todos los niños los cuidaban todas. Por eso ellos dejan salir sus niños tranquilamente a la calle. A nosotros nos parece terrible eso de que jugando aquí y allá y nadie está ahí como cuidando, porque ellos tenían esa cultura en su tierra, la familia extensa y así no sea tu primo, es tu primo y si la mamá no lo cuida, lo cuida la prima de allá, de al frente y los regañan y los niños las respetan porque los cuidan entre ellos y la vecina comparte la comida con la otra (protagonista 2021).

Es necesario mencionar dos facetas políticas de las relaciones interculturales caleñas de la década de 1970: el movimiento indígena que desarrolló grandes movilizaciones aprovechando la posición geoestratégica de la ciudad y la consolidación de un pensamiento negro enriquecido por la lucha en pro de los derechos civiles en EE.UU., la descolonización del África Negra y el surgimiento de diversos líderes e intelectuales afro, (Malcom X, Luther King, Angela Davis, Césaire, Senghor y Fanon), (Castillo, 2012). “Al principio se nos hizo duro llegar a un barrio nuevo, las gentes eran diferentes, uno veía gente de aquí, otros eran de otra parte, otros de otra y así... Yo creo que nos íbamos uniendo a como nos veíamos...”

De ambas facetas aparecieron tensiones y complicidades de jóvenes y mujeres ya que “al estar más tiempo en el barrio, se encuentran y se reconocen en la fila del agua, del cocinol, a la llegada de la basura; al salir de compras se encuentran y conversan en las calles, supermercados y lichiguerías” (Torres, 1999, p. 10)

Ellos crecieron juntos, algunos son abuelos como mi hijo... bueno, ellos eran un parche, se criaron muy juntos y muy toma trago, ¡Ay, qué cosa tan horrible! como desde los catorce años empezaron a beber y a jugar billar allá atrás que había un billar, entonces...

La señora de la esquina, la mamá de Rodolfo, uno de los amigos que ahora está en España, y la de enseguida, que es la abuela de mi nieta, eran enemigas acérrimas, se peleaban por los linderos, que usted me tiró, que usted no sé qué... y joooodan. Esas viejas sí peleaban y la una, pereirana, y la otra de aquí y se sacaban machete mija, y los hijos, el hijo de ella y el de enseguida ¡amigazos! que peleen ellas allá, nosotros no vamos a pelear y toda la vida fue así, hasta que ella se fue de ahí, se odiaron siempre.

Ellos son amigos, nunca les pararon bolas a esas peleas de ellas... Las peleas eran porque, usted me tiró agua para acá, que el agua de su resumidero, se me está viniendo para mi casa, porque no había cañería. Entonces, el agua salía y buscaba vía a la calle, habíamos hecho un hueco, casi un hueco séptico para recoger las aguas. Y todos los días botábamos a la calle a que se evaporara ahí, porque eso podrido empieza a oler en la casa horrible, en todas las casas había zanjas, algunos hacían el lavadero ahí mismo afuera, nosotros lo teníamos atrás y estas señoras también (Figura 12) (protagonista 2021).

Las tensiones no siempre terminaban en resoluciones pacíficas, en algunos casos, estas rivalidades se hicieron “eternas” se optó por medidas mucho más sanas como ignorar y sepultar en vida al vecino, bajo la consigna: “Ni me trata, ni lo trato”

Figura 12: El patio de la casa 1986



Nota: álbum familiar protagonista. (1988)

Además de los conflictos ya mencionados, otros surgirían: la llegada de organizaciones y fundaciones que promovían el empoderamiento y liderazgo entre las mujeres del barrio - Plan Padrinos, Médicos sin Fronteras, Paz y Bien-, implicó la participación femenina fuera del hogar, y ocasionó, -a veces-, la desintegración de la familia nucleares:

...el papá de mis hijos empezó, ya llegaban los viernes y yo no estaba aquí y el man se iba poniendo puto. Un día me dijo: No, pero usted, ¿Qué está haciendo allá?, yo no veo que les estén ayudando a nada, a ver un préstamo, ni una donación, nooo eso, ya no vuelva más por allá. Uno llega aquí los viernes y no hay ni siquiera quién le pase un vaso de jugo, ni nada (protagonista 2021).

Otras tensiones interculturales que siguen manifestándose tienen que ver con la raza: Es muy tenaz por ejemplo el tema de la música a todo volumen. Este domingo prendieron su equipo a la una de la mañana a todo volumen y eran 6 personas haciendo semejante bulla y uno dice: No, una rumba ni la verraca y me asomo, no, 6 personas. Y yo hablé con

el vecino, dueño de la casa, porque tienen unas columnas, las ponían en el segundo piso, mi ventana pumpum todo el tiempo.

Son tensiones porque, nosotros, los mestizos, también a veces hacemos escándalo y bulla, pero estamos acostumbrados a hacer la rumba adentro de la casa, no afuera, en el andén. Y a ellos si les gusta si es afuera en la puerta, yo les he dicho, porque yo tengo confianza, yo trato a todos los negros de por acá “yo no entiendo ustedes por qué razón le ponen la música al vecino y no la ponen para ustedes”. O sea, chévere gozarse la música, a mí me encanta, pero yo pongo mi música para mí (protagonista 2021).

En síntesis, las relaciones interculturales del barrio expresaron tensiones cotidianas en campos como: la intimidad familiar (discusiones por los roles en el hogar), las territorialidades (disputas por linderos y zonas de uso común), la permanencia de prejuicios raciales propios de la “élite caleña blanca” (estereotipos sobre los negros según su lugar de procedencia) y las formas de solucionar algunas problemáticas del Barrio José Manuel Marroquín II, entendidas como procesos organizativos y descritos a continuación.

3.2. PROCESOS ORGANIZATIVOS

*Dale tu mano al indio
Dale que te hará bien;
Y encontrarás el camino
Como ayer yo lo encontré
Dale tu mano al indio,
Dale que te hará bien;
Te mojará el sudor santo
De la lucha y el deber.
Daniel Viglietti.*

En esta sección presentamos algunas de las iniciativas que se fomentaron en el contexto de investigación, partiendo de dos criterios: algunas de ellas fueron lideradas por entidades específicas (la Iglesia Católica en particular la Orden Franciscana, la Fundación Carvajal y

Plan Padrinos, entre otras), mientras que hubo iniciativas gestionadas desde y por la comunidad y que nombramos como proceso organizativo y que diferenciamos del concepto de Acción colectiva, debido a que éste se plantea como un efecto de muchas inconformidades, con unos planes y propósitos específicos, enmarcados más en la crítica al Estado que en la prioridad por solucionar la supervivencia cotidiana.

Para Melucci (1999), la acción colectiva es consecuencia de “intenciones, recursos y límites, con una orientación construida por medio de relaciones sociales dentro de un sistema de oportunidades y restricciones” (p. 42). Es decir, las personas, obrando como colectivo, establecen unas metas por alcances y las formas de llegar a ellas, diferenciándose de esto la categoría de proceso organizativo debido a que los alcances esperados por la comunidad se construían a partir de las necesidades puntuales para una vivienda y habitabilidad digna.

Relaciones y vínculos, de diestra y siniestra

El oriente de Santiago de Cali ha sido un lucrativo botín para agencias inmobiliarias, revendedores y políticos de turno que subastaban lotes a granel (Uribe 2006). Ante esto, la administración local no respondió de manera oportuna con políticas públicas que suplieran las necesidades básicas de equipamientos e infraestructura para tener una vida digna, obligando a las comunidades en libertad de emprender procesos organizativos para solucionar las necesidades puntuales del día a día, acudiendo, a veces, a vínculos con organizaciones de intereses clientelistas (Ver figura 11).

Figura 13: La necesidad no tiene color, ni partido político



Nota: Archivo digital Biblioteca Departamental Icesi. (1970)

Durante la década de 1980 y 1990, en época de campaña electoral, era frecuente ver por las calles del barrio a candidatos de diferentes partidos políticos en busca de electores a cambio de la solución, aunque fuese momentánea, de necesidades puntuales y coyunturales; como el título de la figura anterior, “la necesidad no tiene color político”:

Nosotros no veíamos si eran liberales o conservadores, nosotros necesitábamos quién nos ayudara con esto, ¿me entiende? Si a usted le dicen le van a regalar un cemento y una arena para ayudarle a pavimentar la cuadra, usted no piensa en el color, lo recibe y ya, soluciona la necesidad, porque en ese momento teníamos muchas y la verdad eso era para nosotros mucho. Dígame usted que uno tenía tanto muchacho tan pequeño (protagonista 2020).

El proceso organizativo motivado por la misma necesidad y carencia de condiciones de vida digna, se gestionó gracias a la diligencia de los vecinos, a partir de colectas, bingos bailables, venta de fritanga, bazares, en consecuencia, con el reconocimiento del barrio como lugar donde se forjan todo tipo de actividades, que se convierte en el lugar de

“los bazares, las fiestas patronales y navideñas; el de la cancha de tejo, el partido de micro y la tomada de cerveza. Para muchos de ellos, incluso, el espacio barrial también se convirtió en su sitio de trabajo, el del tallercito, la tienda, la carnicería, la panadería, la miscelánea, la venta de helados, de fritanga o de empanadas” (Torres, 1999, p. 11).

Toda serie de actividades eran válidas para crear los fondos necesarios con los que se pudiera acceder a los recursos mínimos para vivir: metros de mangueras llenas de parches y añadiduras sirvieron como acueducto improvisado que proveía del vital líquido a las interminables filas de baldes, ollas y vasijas; con improvisados postes de vigas y guaduas se levantó un desalineado cableado eléctrico que surtía de energía eléctrica a las casas. Todas estas iniciativas fueron heroicos logros con los que se luchaba por acceder a los recursos básicos y necesarios para dignificar la vida; sin embargo, en medio de todos estos acuerdos, se presentaron tensiones y confrontaciones disputando el liderazgo y el derecho a habitar un nuevo territorio.

Figura 14 El Estado, presencia en el suelo, construyendo caminos



Nota Archivo digital Biblioteca Departamental Icesi.(1986)

Reiteramos, tales iniciativas las nombramos procesos organizativos, entendidos como las acciones sistemáticas de la comunidad, con o sin ayuda de entes externos, en pro de solucionar

aspectos puntuales de su residencia digna en el barrio y sin el tinte político y transformativo de la acción colectiva. Descartamos que sean acciones espontáneas debido a que para su implementación se constituían comités con una estructura definida (secretaría, tesorería, presidencia) y desarrollaban una burocracia, básica pero trascendente en el tiempo, mientras se alcanzaba el propósito para el que fueron creadas. Así nos lo hizo saber un protagonista

Yo por ejemplo era el presidente de la junta pro-pavimentación, tuve muchos problemas con algunos vecinos, porque empezaron a decir que la tesorera y yo hacíamos mal manejo de la plata, que nos la estábamos guardando. Es más... Como ella guardaba la plata, precisamente en esos días recibió una cadena para arreglar la fachada y mandar a hacer unas puertas y ventanas, la gente empezó a murmurar y a decir que ella ya se estaba gastando la plata que teníamos de las actividades en su casa. Ella es muy jodida, y dijo que no iba a seguir con esa joda jjajajajajajja entonces por eso le dimos el puesto de tesorera a otra vecina y pues con ella no hubo todo este problema. Ya se calmaron las habladurías (protagonista 2021).

Las decisiones tomadas por los migrantes llegados a Cali, -cuyo proceso se esbozó en las relaciones interculturales, articulado con la clase social y el género-, respecto a la consecución de vivienda se ubicaron en tres estrategias (Valencia, 2017); la primera, consistió en presionar la venta de predios, a precios más bajos de los que el mercado inmobiliario presentaba, se sustentó en la “invasión” de lotes pertenecientes a hacendados cuyo interés en preservar los ejidos como parte de su razón social inicial, (ganadería, agricultura), no se manifestó y optaron por emprender negociaciones, con el Estado como intermediario, con las colectividades “invasoras”.

Como las referencias que hace Arboleda (2012), tal proceso generó una característica especial en los habitantes: la lucha y organización colectiva por solucionar situaciones

coyunturales que hicieron parte de la institución de los barrios como referentes de identidad, relacionados con la evolución de la capital vallecaucana y en clave de procesos similares en el contexto latinoamericano (Valencia, 2017; Carrión, 29 de junio de 2017). En el caso del barrio José Manuel Marroquín la venta de lotes estuvo en manos de la entidad Provivienda, como nos lo compartió uno de nuestros protagonistas

A nosotros nos tocaba venir todos los domingos a las reuniones, que se hacían por allá por lo que ahora es [el barrio] Alirio Mora, y eso era bien lejos, pero a nosotros no nos valía eso, yo venía con mi señora y a veces nos traíamos a la niña; uno con tal de tener su casa, nos íbamos caminando como desde Andrés Sanín porque hasta ahí nos traía la Azul Plateada [empresa de transporte urbano]... En medio de esa resolana, uno veía la cantidad de gente que venía a las reuniones, me acuerdo tanto que este lote nos lo vendieron a \$80.000 pesos, yo había ahorrado una parte cuando trabajaba en una obra que estaban haciendo en La Flora (protagonista 2021).

Retomando las estrategias planteadas por Valencia, (2017), se tiene que la segunda consistió en la adquisición de lotes a urbanizadores “piratas” o ilegales, que, aprovechando la necesidad de vivienda, incrementaban el valor comercial de la misma para ofrecer una solución a las reclamaciones de los habitantes, que no encontraban eco, ni respuesta a sus exigencias por parte del Estado como agencia reguladora. Tal mecanismo implicó, las más de las veces, la represión policial, como forma de penalización en sitio y garantía a los intereses de los hacendados a los que se “arrebataban” tales predios (Valencia, 2017); es de anotar que en el contexto de investigación no se presentó tal dinámica.

La tercera estrategia establecida por Valencia (2017), se basa en las alianzas con organizaciones externas al barrio (Iglesia, Estado, grupos de izquierda). Aquí, nos parece

destacable el lugar de asociaciones comunales, cívicas (Provivienda) y la gestión de líderes de las organizaciones referidas quienes lograron aglutinar las tensiones en pugna y los intereses individuales, posibilitando respuestas colectivas a las reclamaciones de los grupos presentes en el sector de estudio (Valencia, 2017). Guzmán (2012) hace referencia a un proceso similar, liderado por el M-19 desde su influencia en los sectores populares Yumbo y Cali, reivindicando la lucha por los servicios públicos y vivienda. Parte de este trabajo con la comunidad terminó en enfrentamientos con la fuerza pública.

Muchas de las víctimas civiles resultaron del fuego cruzado entre organizaciones armadas. Enfrentamientos de este tipo se desarrollaron en Marroquín, Ciudad Modelo, Comuneros donde se había izado una bandera del M-19, en Santa Rita cerca de la planta del Acueducto del río Cali, en Yumbo, en Terrón Colorado donde había un “campamento” del M-19 y en varios puntos del Distrito de Aguablanca. (Guzmán, 2012).

Existen rastros en la memoria de los entrevistados que nos evidencian lo afirmado por Guzmán (2012), en el barrio centro de esta investigación:

Acá había mucha gente del M-19, ellos eran bien con nosotros muchos nos ayudaban a desyerbar y quitar la maleza. Una vez, me acuerdo tanto para un diciembre, vinieron con unos mercados y los repartieron en el barrio; la gente estaba muy contenta y se hizo un sancocho y todos los vecinos ayudamos, uno traía que papa, otro que la yuca y así fuimos llenando la olla. Y uno los veía que en la mañana se reunían, pero ellos no se metían con uno ni nada. Nosotros los respetábamos mucho (protagonista 2019).

A diferencia de otros procesos (Arboleda, 2011; Valencia, 2017), en el barrio la presencia de movimientos insurgentes fue una mano que apoyó en el desarrollo, pero no en la creación; de

la misma manera, la presencia de instituciones como la Iglesia Católica (la Orden Franciscana con mayor presencia), o la Fundación Carvajal, representaron un respaldo a las acciones de la comunidad, pero no se encuentran indicios de que su rol fuera determinante en la construcción del barrio, en su etapa inicial. La descripción de los procesos organizativos en relación a dichas instituciones, se presenta en las siguientes páginas.

Un refugio espiritual

El compromiso de la Iglesia Católica como principal agente integrador de la comunidad, y, específicamente de la orden de los franciscanos, se convirtió en un elemento importante en las relaciones interculturales, (descritas en páginas anteriores), y en los procesos organizativos; en ello, es importante destacar que los franciscanos asumieron un rol militante, basado en el interés de integrar el mensaje religioso con la práctica cristiana de ayuda al necesitado, representado en los habitantes del barrio:

...Este sector como era tan grande, se dividió en tres sectores desde lo parroquial: la parroquia de San Francisco, la del centro, Cristo Señor de la Vida y la Fátima que estaban interrelacionadas, pero la que lideraba era la de Cristo Señor de la Vida. Ahí llego a vivir con varios Franciscanos Luis Patiño, que ya falleció, y Luis Eduardo, que también falleció... Véalos, ahí están en esa foto (ver Figura 15 y16). Yo me pegaba esa patoniada allá arriba, los viernes allá a la Iglesia de San Francisco, allá vivían con otros que estaban aspirando a ser franciscanos, eran jóvenes y eso eran dinámicos con los pelados, empezaron allá un grupo juvenil que era súper dinámico y todo el mundo admiraba... (protagonista 2021).

Figura 15 ¡Llegaron los franciscanos!



Nota: Archivo Parroquial (1993)

Figura 16: Celebración semana santa



Nota: Archivo Parroquial (1986)

Yo me acuerdo que Luis Patiño (Figura 17) era un hombre tan claro de la realidad y sus discursos eran tan contestatarios, que para una Semana Santa esa iglesia se llenaba y allá se cantaba pura misa salvadoreña y nicaragüense, que fue un repertorio que se creó en plena vigencia del sandinismo; entonces se cantaba el Padre Nuestro de los Mártires que eso era una verraquera, con un mensaje social muy fuerte cuando de repente miramos hacia afuera y la iglesia lleeeena de militares, para una Semana Santa (protagonista 2020).

Figura 17: Fray Luis Enrique Patiño y Hna. Alba Stella Barreto.



Nota: Archivo Parroquial (1993)

Lo recuerdo muy bien, Una vez... [La parroquia Cristo señor de la vida] (Figuras 18 y 19) esa iglesia estaba llena a reventar, cuando vamos mirando a fuera, todo rodeado de militares... Y no nos dijeron nada, pues la gente, algunos temerosos y el padre no dijo nada, firme, para adelante... Ellos propiciaron mucha organización en el barrio. Alba Stella (Figura 17), también se puso las botas, fue una mujer muy verraca, una mujer muy

empresadora, que dejó muchos proyectos y muchas mujeres se han beneficiado...
(protagonista 2020).

Figura 18: Capilla del centro parroquial domingo de resurrección.



Nota: Archivo Parroquial (1986)

Figura 19: Celebración eucarística: Luis Patiño, haciendo resistencia con su sermón.



Nota: Archivo Parroquial (1986)

Es ineludible mencionar dentro de tales proyectos, la vinculación de la Iglesia a los procesos negros, (Figura 20), que, de acuerdo a los documentos del Archivo Eclesial del 03 de julio de 1997, se propuso la creación del “Ministerio de las Negritudes” justificándolo a partir de

“el reconocimiento a la identidad” y la creación de un espacio de reunión para la comunidad afrocolombiana, bajo el objetivo “Buscar soluciones a la problemática de la comunidad afrocolombiana de Marroquín (empleo, educación, espacio político, DD HH y desplazamiento)”

Figura 20: Celebración eucarística: Danzas por la paz



Nota: Archivo Parroquial (1994)

Para lograr este objetivo, se inicia escuchando las experiencias y problemáticas que evidencian y perciben a su alrededor diferentes miembros del ministerio, haciendo énfasis en lo que afecta a la comunidad afro en particular. Esta iniciativa implicó compromiso por parte de sus integrantes, como la realización de actividades para recoger fondos económicos, proyección de videos y la convocatoria a asambleas con el resto de la comunidad.

El accionar del grupo desarrolló a partir de la formación en los siguientes aspectos: Historia, principales personajes afrocolombianos, cultura, ley 70, civilización africana y etnología con miras a la creación de comunidades afrocolombianas a nivel eclesial y político. Uno de los principales logros de este ministerio fue establecer contacto con organizaciones afrocolombianas de Cali como Ku-Mahona, Comuniafrocol entre otras; también se llevó a cabo la realización de la primera Asamblea Comunidad Afro en Marroquín. Sin embargo, entre las principales dificultades

del ministerio se dieron la intermitencia de algunos integrantes del grupo debido al factor económico. Todo este movimiento y constancia del Ministerio de las Negritudes, posteriormente, trajo sus frutos como la relación con la pastoral Afocolombiana en Cali.

Casa de la Mujer, luego Fundación Semilla de Mostaza

*Mujer, si te han crecido las ideas
De ti van a decir cosas muy feas
Que, que no eres buena, que, que si tal cosa
Que cuando callas te ves mucho más hermosa
Mujer, espiga abierta entre pañales
Cadena de eslabones ancestrales
Ovario fuerte, di lo que vales
La vida empieza donde todos son iguales
Amparo Ochoa*

Las mujeres en el barrio hemos protagonizado luchas y resistencia; madres, abuelas, hermanas, primas, tías, en general, redes de familia extensa, permiten establecer vínculos surgidos del acto humano inicial del lenguaje, de la comunicación, del habla entre pares que se reconocen en sus miserias y problemas, pero, sobre todo, en sus formas de resistencia y alternativas a la exclusión de la “Cali blanca”;

A mí me gustó ese encuentro con mujeres y allá chismoseábamos, nos contábamos cosas, cocinábamos... Esa fue una primera luz... Estas viejas eran mis amigas, mis hermanas, mejor dicho, yo amaba ese espacio, aquí por ejemplo estábamos almorzando (Figura 21), hacíamos la olla común. Aquí ya nos pasamos ahí donde está ese edificio, en esa casa funciona la Cooperativa Semilla de Mostaza.

Hacíamos el almuerzo una vez en la semana, lo hacía un diferente miembro, hacíamos, por ejemplo, tres mujeres, para las otras restantes para que por lo menos una vez a la semana no cocináramos y llevábamos para las casas...

Figura 21: Mujeres almorzando en la Casa de la Mujer



Nota: álbum familiar protagonista (1995)

En actas de asambleas parroquiales del año de 1997, se describe la conformación del grupo “Casa de la Mujer” surgido de la necesidad de un grupo de siete mujeres que tenían en común inquietudes y problemáticas, intentando ser: “Una respuesta a la situación de marginalidad y exclusión de la mujer en todos los sectores sociales, especialmente en los sectores populares” (Archivo Parroquial, 1997). Son destacables algunos de sus objetivos:

“Mejorar la autoestima y la autoimagen de la mujer de los sectores populares; facilitar la nivelación escolar y la capacitación técnica y universitaria para las mujeres populares.

Intervenir en la consecución de ingreso personal a través de la formación para la empresa social; apoyar el mejoramiento de vivienda; inducir el concepto de ahorro comunitario; atender mujeres embarazadas en alto riesgo social, especialmente adolescentes; atender

integralmente a los niños menores de dos años; apoyar a las mujeres y sus familias en alto riesgo mediante el almuerzo en la olla comunitaria” (Archivo Parroquial, 1997).

Entre los alcances de este grupo se encuentran el sentido de pertenencia y las nuevas actitudes frente al rol de la mujer en ámbitos como el barrio, la familia y la sociedad, en un reflejo de lo que el Estado no había podido dinamizar en los sectores populares y que lo agenciaban entidades como la Orden Franciscana: “se menciona que el Estado requiere mejorar varios aspectos para brindar atención de manera oportuna frente a las insuficiencias de la población en los territorios y particularmente de las mujeres” (Molina y Pinzón, 2018, p. 73).

Tomando la referencia del proceso descrito por Molina y Pinzón, (2018), se encuentra, como regularidad, la permanencia de una concepción patriarcal de las mujeres sobre el Estado en la que “se visualiza la existencia de una figura paternalista, en la que se asume al aparato estatal como el responsable de resolver, de otorgar información, de cambiar” (p. 99); una dirección diferente encontramos en los procesos de barrios como núcleos urbanos, en su intento por satisfacer las necesidades básicas para la supervivencia material, en condiciones dignas de vida. Si bien, se exige al Estado el cumplimiento de los dictámenes constitucionales sobre vivienda y condiciones básicas mínimas para la supervivencia, no se espera, pasivamente, las decisiones de la agencia, ni se actúa al margen de otras personas con diferencias raciales o culturales (Arboleda, 2012; 2013; Valencia, 2017; Duque, 2015).

Fundación Carvajal

Con la llegada en la década de 1960 del arzobispo Monseñor Alberto Uribe, preocupado por el crecimiento desordenado de la población, la cantidad de migrantes llegados y sus condiciones de vulnerabilidad, propone una iniciativa basada en principios del humanismo y la caridad cristiana, para sensibilizar a las familias caleñas con mayores recursos económicos, sobre la grave

problemática social que se gestaba en el Distrito de Aguablanca. Esta iniciativa movió a la Familia Carvajal a la creación de una fundación con la que se convirtió, a algunas parroquias de barrios populares, en centros de atención a la comunidad.

La Fundación creó un programa de desarrollo dirigido a pequeños comerciantes y tenderos, ya que constituían el último eslabón de la cadena de intermediarios; productos básicos en la canasta familiar como el café, azúcar y el aceite que en muchos casos se vendían por cucharadas y onzas, generaban mayor gasto en las familias, se organizó así una central de abastos con la que los tenderos compraban directamente a los productores de alimentos. El Centro de Servicios o Central Didáctica de la Casona, se convirtió en un agente dinamizador de desarrollos sociales a propósito de la cultura y formación de niños, jóvenes y adultos del barrio.

3.3. LA MEMORIA Y LOS RECUERDOS

Supongo que se engaña quien piensa que existe una única posibilidad de memoria y que esa posibilidad única implicaría la repetición del pasado y de lo ya producido; supongo que se engaña quien piensa que hay humanidad posible fuera de la tensión entre el olvido y la memoria. (Chagas, 2008)

Reconstruir la identidad barrial del Barrio José Manuel Marroquín, implica un ejercicio de memoria, asumiendo sus riesgos derivados: ser selectivo, -en cuanto que con un relato se puede contar lo necesario o lo que se considera importante-, revictimizar o revitalizar los acontecimientos que no son agradables para algunos de los protagonistas –debido a la evocación que genera emotividad, alegría, valor, orgullo por lo logrado o sus negaciones: frustración, rabia, impotencia, dolor-. Los adolescentes y jóvenes de esa época vimos como íconos a los más grandes, los que se paraban en la esquina, que se vestían con las zapatillas de moda, que con su espíritu rebelde desafiaban al sistema y optaron por hacer grupos y pandillas como alternativa ante las pocas oportunidades. (Figura 22) Sarlo (2012) cuestiona la importancia dada a la

memoria sobre el pensamiento y la comprensión, aunque reconoce que para entender es indispensable recordar, pero, eso implica unas sensibilidades que, según la autora, pueden afectar el proceso y que están vinculadas al aprovechamiento social del espacio barrial:

Para otras generaciones y actores, el barrio también es espacio de encuentro y reconocimiento. Los niños crecen, juegan y hacen amigos sobre la base del mundo barrial; los jóvenes reconquistan sus calles, esquinas, parques, haciéndolos propios; allí se encuentran y forman sus galladas y pandillas, se inician en el baile, gozan y sufren sus primeros amores (Torres, 1999, p. 11).

Figura 22: Los muchachos, rastros de la memoria.



Nota: álbum familiar protagonista (1992)

Evocar los recuerdos más remotos de vivencias e indagar a los que también vivieron parte de esa experiencia, puede ser una pista para aproximarse a entender y pensar como lo propone Sarlo, en lo que se vivió no sólo en el barrio Marroquín, sino en todo el Oriente de Cali entre los años de 1980 al 2000 en una constante tensión entre la experiencia y lo que las personas quieran

decir de esta: “Es esa tensión, al contrario de lo que podría parecer, que garantiza la eclosión de lo nuevo y de la creación...El olvido total es estéril, la memoria total es estéril” (Chagas, 2008).

La memoria nos permitió escarbar entre lo vivido.

Polvo-quín - barro-quín

La memoria colectiva se encarga de articular y actualizar permanentemente esa biografía compartida por el grupo: más que recuperar un pasado unitario y estático, produce relatos que afirman y recrean el sentido de pertenencia y la identidad grupal (Torres, 1999, p. 9).

Con este juego de palabras los pobladores del Barrio José Manuel Marroquín se referían de manera irónica a las inclemencias vividas por las condiciones ambientales del barrio. Domar a la naturaleza nos implicaba buscar las herramientas necesarias para acomodarnos a dichas condiciones y nos hizo ingenieros y arquitectos, en busca de los medios para salir de la periferia al empleo que garantizara la supervivencia y que rompiera el estigma. Pero la urgencia era trabajar para alcanzar un mejor vivir: “... A mí me tocaba muy duro, salía a las 4:30 porque no había transporte que lo sacara a uno, pero tenía que cuidarlo porque Emsirva era estable” (protagonista 2019).

El cuerpo como primera unidad del territorio también manifestaba las inclemencias producidas por el ambiente y los tiempos atmosféricos: en verano, las calles se tornaban áridas y polvorientas. Las condiciones de estos cambios, se reflejaban en la experiencia y el cuerpo, en palabras de uno de nuestros protagonistas “mucha alergia, mantenía con rinitis, antes uno no mantenía enfermo totalmente con tanto polvo, uno tenía que limpiar varias veces la casa porque era mucho el polvo que había” (protagonista 2019). (Ver figura 23)

Figura 23: Barro-quín, polvo-quín En verano.



Nota: álbum familiar protagonista (1984)

En invierno, no era sorpresa despertar y ver flotando cualquier objeto sobre las aguas de un incipiente alcantarillado; el calzado como figura distintiva evidenciaba la marca y estigma del lugar de procedencia: Siempre embarrados (Figura 24). Narrar estas experiencias, es contar desde una voz dérmica, desde la piel; “La narración de la experiencia está unida al cuerpo y a la voz, a una presencia real del sujeto en la escena del pasado. No hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración: el lenguaje libera lo mudo de la experiencia” (Sarlo, 2012, p. 29).

Figura 24: Polvo-quín barro-quín en invierno



Nota: Archivo Parroquial (1994)

En el invierno, la lucha era contra la fuerza de la naturaleza, nadie podía con su poder “Uno mantenía era con gripa y alergia, nos daba de todo...El día que doña Gene se pasó, ese mismo día se inundó... ¡Oiga! Le entró el agua hasta la rodilla y nosotros fuimos a ayudarlo a mover las cositas” También se vivieron tensiones, por ejemplo, el agua que se resumía por no haber un buen sistema de aguas residuales, se estancaba en las casas que no tenían el cubrimiento de concreto, a los vecinos que no hacían sus aportes para pavimentar el frente de sus casas les dejaban sin el cubrimiento generando un pozo que se filtraba a las casas vecinas (Figura 25). Lo anterior, tenía diferentes tipos de resolución, en algunos casos, los vecinos ponían parte de la cuota para evitar que el agua se filtrara a sus casas, consideraban la situación del propietario (tiene muchos hijos, no posee empleo estable, está desempleado, no cuenta con los medios para hacer su aporte) una forma de pago era su fuerza de trabajo, liderando las jornadas, revolviendo mezcla, arrastrando la carreta; en otros casos, se les dejó sin pavimentar, pero ese castigo resultaba un tanto perjudicial, porque en últimas todos terminaban afectados.

Figura 25: Elizabeth 15 años, al fondo construcción de pavimento carrera 26 k con calle 73 B.



Nota: álbum familiar protagonista (1996)

Recordar lo que se quiere

“Los jóvenes pertenecen a una dimensión del presente donde los saberes y las creencias de sus padres se revelan inútiles” (Sarlo 2012 p. 36): para algunos resultan inverosímiles las historias narradas por sus padres debido a que, a la fecha, el barrio cuenta con equipamientos, no hay necesidad de hacer aljibes, escuchar historias entre vecinos por falta de energía eléctrica o pedir prestado un poquito de petróleo para cocinar en el “essocandela” haciendo innecesaria la habilidad para meter las mechas con el alambre.

Estos aprendizajes innecesarios en la actualidad surgen de quienes le hicieron frente a la periferia, a los difíciles procesos de urbanización producto de las ciudades modernas pues “Vivimos en unas ciudades desbordadas no sólo por el crecimiento de los flujos informáticos sino por esos otros flujos que sigue produciendo la pauperización y emigración de los campesinos” (Barbero, 2003, p.10) La memoria permite seguir construyendo y buscando una ciudad más

inclusiva. “Si nuestro mundo urbano ha sido imaginado y luego hecho, puede ser re-imaginado y re-hecho” (Harvey, 2003) Recordar es abonar a seguir cultivando el derecho a la ciudad.

3.4. EL PRESENTE

Actualmente, después de 40 años de ocupación y 30 de reconocimiento oficial del Concejo Municipal de Santiago de Cali, el Barrio José Manuel Marroquín II, aún cuenta con la gran mayoría de sus transversales sin pavimentar, (Figuras 26, 27 y 28), bien sea por falta de voluntad política de sus habitantes o porque priman los intereses individuales, pues se encuentran casas con acabados terminados en su mayoría con más de dos pisos.

Figura 26 Transversales sin pavimentar



Nota: Archivo personal autora (2021)

Cabe destacar que estas transversales, que están sin pavimentar continúan representando un problema para las casas esquineras, se sigue perpetuando el polvo en el verano y el barrizal en el invierno. Una estrategia que permite minimizar “el polvero” en el verano es llamar a uno o dos jóvenes del barrio que, para ganarse lo del gasto del día, aplican una solución de aceite quemado con el que garantizan que por lo menos en dos o tres meses se va

a disminuir la cantidad de polvo, (Figura 27). Una de las vecinas se encarga de llamarlos acordar el pago que generalmente oscila entre los \$20.000 para comprar media caneca de aceite y \$30.000 por aplicarlo entre dos (Figura 28).

Figura 27: Combatamos el polvo.



Nota: Archivo personal autora (2020)

Figura 28: El polvo, problema solucionado 2020



Nota: Archivo personal autora (2020)

Si bien, esta medida es un paliativo porque no soluciona la actual situación, es una manera de buscar alternativas que se convierten en una excusa para el encuentro y la posibilidad de llegar a acuerdos entre los vecinos. Por otro lado, en las calles, como era de esperarse después de más de 20 años, ya se empieza a ver el deterioro del pavimento, como se observa en la Figura 29:

Figura 29: Nos quedamos sin pavimento



Nota: Archivo personal autora (2021)

A partir de iniciativas individuales, cada uno ha ido “organizando su parte”, (Figuras 30 y 31), de esta manera se territorializa el espacio público lo que implica la ruptura de los procesos interculturales que caracterizaron el relato construido en estas páginas y que sirvieron de argumento para tejer redes de resistencia y organización, pero, sobre todo, de vecindad.

Figura 30...pero lo solucionamos, de uno en uno.



Nota: Archivo personal autora (2021)

Figura 31 No fue sólo nuestra idea, otros también la tuvieron



Nota: Archivo personal autora (2021)

Las tensiones descritas en el Barrio José Manuel Marroquín II, no se desarrollaron de forma lineal, muchas de ellas, articuladas a la vida familiar, a la clase, el género o la raza, se expresaron de forma superpuesta; tal característica nos permitió establecer una identidad barrial

con diferentes facetas que intentaban responder a las realidades y urgencias cotidianas: el ser mujer, negra, pobre, compañera de obrero, procedente de una región específica, con una cultura en particular, señalaba dos opciones: o la aceptación sumisa de la barriada y sus elementos o la resistencia ante el entorno, procurando salir de él y lo más importante romper el estigma, más impregnado que el polvo, el lodo o el cemento, que la élite blanca caleña nos impuso.

Lógicamente, no se trata de un todo absoluto: en ocasiones, aceptábamos condiciones en el rol de mujer, que subvertíamos en la fe o en la vivencia de lo cultural. De igual manera, los protagonistas lo reflejan en sus relatos, el estigma del polvo, el lodo y el cemento, pesaba más que la pertenencia al barrio y, las redes construidas, tendían a pervivir en el tiempo, a trascender en la memoria, a revitalizar el corazón, a construir senderos de un amor eficaz manifestado en el nuevo sujeto urbano que habitó el sector.

CONCLUSIONES

*“Pero cuantos condominios ese hombre va construyendo,
y mañana es la misma puerta, de ahí mismo lo van huyendo”.*
Cheo Feliciano

Un rastro de polvo, barro y sudor recorre nuestra existencia cuando pasamos la vista por los estantes de la historia invisibilizada y oculta de los sectores populares de las grandes urbes colombianas como Cali; los estudios referenciados nos muestran que la historia de las urbes, se construye desde abajo y sin permiso, en el sentir cotidiano de hombres, mujeres y niños, desde su lugar en el que se asumen para alcanzar las condiciones mínimas básicas para una vida digna. Esto se nos convierte en una tinta indeleble de la que no nos libramos, a pesar de desenvolvemos, por nuestras identidades pendulares, en otros contextos.

Pensarnos desde las diferencias de contextos a los que nos vemos obligados a asistir - laborales, académicos, políticos, culturales- -en los que surge lo más profundo de nuestras genuinas identidades pendulares- nos obliga a interpretar la vida en clave de los Estudios Interculturales y sus aportes en los procesos organizativos de autoconstrucción del Barrio José Manuel Marroquín II. No sólo polvo cubre nuestro barrio, también los registros y fuentes a los que acudimos para construir ese rasgo de la memoria colectiva, a partir de la cual podemos establecer la historia del sector, son tapizados por esa capa tenue de las intenciones políticas.

Un sector blanqueado de la ciudad, que niega -o lo intenta- la diversidad étnica propia del barrio, ha procurado hacernos creer que José Manuel Marroquín II, como referente del Oriente de Cali, ha surgido de una vez y para siempre, de forma intemporal; es decir, han querido pasar por alto las tensiones descritas por los Estudios Interculturales en lo que tiene que ver con la raza, la clase y el género y que toman manifestaciones específicas y reivindicativas dentro de la espontaneidad de los discursos que encontramos en esta investigación, los mismos que siguen en

la lucha por permanecer como memoria colectiva del barrio, como referente de los sectores populares.

De esta manera, algunos rasgos se nos hacen explícitos en el relato construido a lo largo de esta investigación: en primera instancia, la categoría de identidad pendular se nos vuelve un centro alrededor del que giran las diversas facetas del habitante del barrio, el mismo que vemos obligado a desenvolverse en contextos diferentes al de origen; como interpretamos de una de las entrevistas, avergüenza pertenecer al sector del polvo, el lodo, el concreto y llegar a zonas, de la misma ciudad, distantes treinta a cuarenta minutos del Distrito, pero con una realidad, estética y prácticas diferentes a las propias.

Así, consideramos trascendente la apropiación de las prácticas de otros sectores, económica y culturalmente distantes al barrio, por parte de las mujeres y hombres dedicados a los servicios (domésticos, de construcción, cerrajería, entre otros). Dicha apropiación se nos manifiesta como el intento del habitante del barrio por “no ser rechazado” fuera de su contexto habitual, y, en procura del blanqueamiento que pretenden las élites caleñas, una forma de reflejar el ascenso dentro del propio sector. Es decir, lo vemos como la expresión fuerte de la identidad pendular: aquella en la que el individuo lleva a cabo su cotidianidad, desde una intención de negarlo, que ha cogido curso y que le cala en ocasiones, siempre que esté fuera de su lugar, de su centro barrial, de su comunidad.

En el intento de no ver la puerta que construyó, cerrada ante su nariz -como en la canción de Cheo Feliciano- los protagonistas del proceso de construcción del barrio contexto de esta investigación, hacen uso de la identidad pendular; sin embargo, consideramos necesario decir que dichas prácticas no hacen parte de un doble moralismo ya que se sigue siendo la misma: mujer negra, cabeza de hogar, oriunda de Marroquín II, en un espacio académico como la Universidad del Valle primero y la Universidad del Cauca, después.

Nos es propio reconocer que la diversidad étnica que confluyó en el barrio en que hicimos la investigación, nutrió de prácticas los procesos organizativos que se desarrollaron para solucionar aspectos básicos para la supervivencia como la construcción del alcantarillado, de las redes eléctricas para uso residencial, de la pavimentación, para quitar -al menos en lo cotidiano- el polvo y lodo que las élites blancas han derramado sobre la historia de los sectores populares urbanos.

Dichas prácticas, aparentemente espontáneas por la ausencia de una estructura rigurosa de “organizaciones, partidos o entidades” que les dirigieran, las valoramos en su justa medida y en una doble condición: la acción que algunos consideran fortuita, implicaba un sentido colectivo por solucionar las necesidades que el día a día presentaba a los habitantes del sector. De ahí, al profundo sentido político y reivindicativo que tomarán estas prácticas, el paso fue pequeño y dado casi de manera natural.

Haciendo eco de la legislación reformista que tomó curso después de la década de 1990 en Colombia, vemos que se tomaron las banderas de la causa afro, en perspectiva de raza, en el contexto de investigación. Sin embargo, como mujer negra y empobrecida, reconozco que tales reclamaciones venían haciendo carrera en nosotros desde iniciativas como las de la Iglesia de los Pobres, en sintonía con los avances de una doctrina católica menos tradicionalista y ortodoxa y que se expresara en la cotidianidad latinoamericana de diferentes formas.

Una de ellas, tiene que ver con el sentir de clase, destacado en el campo de los Estudios Interculturales, y que, a propósito de esta investigación, relacionamos directamente con la paradoja mencionada en la canción de salsa que sirve de epígrafe a esta sección: personas que hacen cosas y casas, pero cuyo acceso y disfrute de su trabajo creador les es negado. La iglesia surge como un motor de desarrollo para nosotros, pero no sólo ella, también otros sectores más

organizados y legales (partidos políticos y sus prácticas clientelares), como otros más clandestinos e ilegales (movimientos armados y sus prácticas militares).

A su vez, el género se nos presenta como otra de las características en las que se presenta la tensión entre colectividades y Estado; la doble condición: empobrecida y mujer, nos moviliza como nuevo sujeto urbano, en lo propio del Barrio José Manuel Marroquín II: yo, mujer, negra, empobrecida, veo y actúo, participo en la uramba como lo denomina el pueblo negro o minga como llamarían las comunidades indígenas, en la logística (alimentación, mandados, encargos), para facilitar el trabajo del “macho” dedicado a las actividades asignadas a su género. Desde tal vivencia, veo las fallas de un Estado que nos niega por empobrecidos, por hacer parte de lo que ellos quieren legitimar como “minorías étnicas”, por mujeres.

En eso, surgen otras redes y lazos de solidaridad no previstos inicialmente: durante los procesos organizativos de autoncostrucción del Barrio José Manuel Marroquín II, las familias tuvieron que emprender una división social del trabajo, tanto al interior como en lo colectivo; en otras palabras, los hijos e hijas, tuvimos que ser “cuidados” por aquellas madres, religiosas o líderes, que no podían aportar en lo propio del trabajo de solución de las condiciones mínimas básicas de vida digna. En consecuencia, crecimos pensando en que la amistad une más que el lazo sanguíneo, la amistad derivada de la cuadra, del parche, la esquina, del lodo, del polvo al que las élites han querido someter nuestras historias, desde la oficialidad y que, de la mano de los Estudios Interculturales, hemos podido asumir de forma crítica ante dicho poder hegemónico.

Un largo camino separa el barrio del centro de Cali, pero más corto que las barreras que nos han puesto y que, a partir de los procesos organizativos mencionados a lo largo de esta investigación, han hecho posible que sigamos en la construcción de identidad y de memoria; las mismas que se tapizan con el polvo o el lodo, pero que se manifiestan en el recuerdo vivo de los protagonistas de este relato.

BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS

Aprile Gniset, J. 2012. Cuatro pistas para un estudio del espacio urbano caleño. Historia de Cali siglo XX Tomo I Espacio urbano. Programa Editorial Facultad de Humanidades / Universidad del Valle, Cali.

Arboleda, G. 1957. Historia de Cali: desde los orígenes de la ciudad hasta la expiración del período colonial (v3), Colombia: Carvajal & Cia.

Arboleda Quiñonez J.H. (2012). Buscando Mejora. Migraciones, territorialidades y construcción de identidades afrocolombianas en Cali. Quito. Universidad Politécnica Salesiana.

_____, (2013). Cogiendo su pedazo. Dinámicas y construcción de identidades afrocolombianas en Cali. Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Estudios de la Cultura. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Carrión F. (29 de julio de 2017). La ciudad ilegal en América Latina. De los asentamientos humanos a la economía urbana. El País. Recuperado de:

https://elpais.com/elpais/2017/06/20/seres_urbanos/1497939564_158037.html

Colmenares, G. 1975 Cali: Terratenientes, mineros y comerciantes, Cali: Editorial Universidad del Valle.

_____, La nación y la historia regional en los países andinos, 1780-1930. Estudios y debates Cali: Editorial Universidad del Valle.

Galindo Díaz, J. (2003). Arquitectura, industria y ciudad en el Valle del Cauca. Tipos y técnicas (1917-1945). [https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/8251]. Centro de Investigaciones Territorio, Construcción y Espacio (CITCE). Cali.

Garzón Montenegro, J.B. *et al* (2012) Historia de Cali siglo XX. Programa Editorial Facultad de Humanidades / Universidad del Valle, Cali.

Giménez, G. Materiales para una teoría de las identidades sociales". En Frontera Norte.

Vol 9 # 18. Julio - diciembre 1997

Halbwachs, M. (1932). "Chicago, experiencia étnica", en Estudios de morfología social de la ciudad, Madrid, centro de investigaciones sociológicas.

Harvey, D. (2003) International Journal of Urban and Regional Research, vol. 27, N° 4

Lefebvre, H. (2013) La producción del espacio. Madrid: Capitán Swing,

Melucci, A. (1999). Acción Colectiva, vida cotidiana y democracia. El Colegio de México, 1999 Pág. 25-54 (revisar referencia)

Sarlo, B. (2012) Tiempo pasado. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Uribe Castro, H. (2006) Agricultores urbanos y ocupación del espacio en el nororiente de Santiago de Cali. [<http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-224.htm>]. En: Scripta Nova. Revista

Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Vol. X, núm. 224 Universidad de Barcelona.

Vásquez Benítez, E. (1990). Historia del Desarrollo económico y urbano de Cali. Boletín Socioeconómico No. 20. Cali: Editorial Universidad del Valle.

Valencia Polanco, J. (2017). La expansión al sur oriente de Cali y la participación comunitaria 1979-1990. Estudio de caso: Distrito de Aguablanca. Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Urbanismo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Vergara Varela, R. (2009). El desarrollo de la estructura físico-urbana en la ciudad de Cali (1968-2008), un caso de análisis de política pública. Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Políticas Públicas. Cali: Universidad del Valle.